

# NORTE

ANTONIO MESTRES PIÑOL

*A la memòria dels meus pares, Pau i Carme. Ell estaria silenciós, orgullós; ella hem diria, “nen, no t'eixuguis amb la màniga”.*

*A la musa, etèria i silenciosa que venia a les nits a visitar-me i em regalava el seu alè d'inspiració.*

# 1.

El gris dominaba el horizonte y el color amarillo de los rayos lo arañaban horizontalmente. Una fina y persistente llovizna caía sobre aquellos campos infinitos de verde. Apenas había árboles que emergieran de aquella inhóspita tierra. El viento había amainado, pero si se escuchaba con absoluto silencio y concentración se podían percibir los embates del mar contra los acantilados que se encontraban a poco menos de cien metros de aquella mansión.

Lighthouse Neighboring, ese era su nombre desde que se plantaron sus cimientos, allá por el año de 1760.

Alistair Mc Dermott fue su dueño fundador hasta el día de su muerte, un hecho dramático este, no el de morir, sino la forma en que lo hizo: en un día parecido al de hoy se precipitó voluntariamente por los 102 metros de altura que separan la tierra emergente de las olas bravías.

Su cuerpo aún descansa, o tal vez se retuerce, en alguna parte del Atlántico.

Dedicó parte de su vida al tráfico de esclavos. Desde su Edimburgo natal, una flota de 5 navíos con una tripulación temerosa de Dios pero impía con los seres humanos viajaba constantemente desde tierras escocesas hasta las costas de África occidental. Allí, sin miramientos de ninguna clase, abarrotaba las bodegas de sus barcos con la preciada carga humana, hombres, mujeres y niños, y llenaba las entrañas del barco porque ya calculaba que durante el viaje una cuarta parte de aquella mercancía moriría y tendría que ser tirada al mar.

El destino final de aquel tráfico eran las costas del sur de lo que ahora serían los Estados Unidos, por aquel tiempo parte indisoluble de la Corona Británica, y también las islas del Mar Caribe.

Se dice que el remordimiento por aquel comercio que lo enriqueció fue la causa principal de su voluntaria muerte. Dejó esposa y cuatro hijos, dos varones y un par de hembras. El primogénito de ellos, de nombre Alistair como su padre, heredó la casa... pero no la mayor parte de la inmensa fortuna que acumuló durante su vil existencia.

¿El motivo?

Tan sencillo como misterioso: jamás se halló.

Durante la vida de Alistair hijo se revolvió toda la casa y terrenos adyacentes, incluido el pequeño cementerio que poseían, ya que al tener capilla propia en aquella mansión tenían derecho a camposanto particular.

La tercera generación de los Mc Dermott se limitó a sobrevivir de las pocas rentas que les quedaban y de los escasos ingresos que les daban sus tierras y ganadería hasta que decidieron vender la finca familiar.

A partir de esa fecha, fueron diversos los dueños que desfilaron por aquella casa, unos deseando encontrar la fortuna desaparecida y otros creyendo que era pura fantasía.

Desde mediados del siglo pasado la casa quedó definitivamente abandonada hasta que en el año 2014, un escritor catalán la compró para fijar su residencia allí. Era el lugar ideal para centrarse en el trabajo que le apasionaba: la literatura. Un año antes escribió una novela que le reportó fama y dinero, pero incapaz de repetir un éxito como aquel, y cuya causa no deseaba explicar a nadie, decidió ir en busca de la soledad y de una nueva musa que lo inspirara.

Poco imaginaba que la tenía a pocos kilómetros de allí.

## 2.

Glasgow, la mayor ciudad de Escocia, la más viva, abierta e industrial de aquel país, también la más violenta, sectaria y sucia de aquella nación, pero las oportunidades que ella ofrecía eran enormes.

Ella marchó de su país natal por diversos motivos, había el oficial y el personal.

El primero era sencillamente porque la empresa en la cual trabajaba deseaba ampliar horizontes y decidieron que en aquel país y en aquella ciudad se daban las coyunturas comerciales para expandir el negocio e internacionalizar la marca.

El segundo era porque su vida personal había dado un vuelco, ni para mejor ni peor, pero había cambiado. Su percepción de la vida había variado, el romanticismo habitual en ella estaba extinguido de su alma, era más fría y calculadora. Como los habitantes de aquel lugar pensaba más en sí misma y en su futuro.

Los motivos que la indujeron a aquel cambio de carácter se los guardaba para sí misma, y eso le molestaba en parte, y le molestaba sencillamente porque aquella huida hacia su interior le recordaba a alguien.

Y no deseaba pensar en ese alguien.

Sumados, pues, ambos factores hicieron que se decidiera a aceptar aquella propuesta laboral. Ganaría un sueldo más que aceptable en libras esterlinas, neto, completamente limpio. La empresa le proporcionaba una casa de manera gratuita, de aquellas casas tipo victoriano tan habituales en aquella ciudad. Gastos de comida y demás

lo cobraba aparte del sueldo estipulado, y a la Hacienda Británica también sería la empresa la que se rascaría el bolsillo. Todo ello equivalía a que unos años de estancia allí la llevarían a una jubilación extraordinaria en la parte del mundo que ella quisiese. Volviendo a su país o comprando un bungalow en alguna isla del Caribe, un iglú en Groenlandia, una tienda sioux en Estados Unidos o bajo un cocotero en Senegal, dispondría de lo que quisiera y en donde quisiese.

Pero también sabía perfectamente que hay cosas que el dinero jamás podrá comprar.

Había transcurrido un año y medio y aún se preguntaba el porqué. Tal vez fue demasiado precipitada su decisión, sí, debía reconocer que a veces dudaba, pero él debió contárselo.

Sí, le gustó, pero también le molestó.

En una cosa ella no había cambiado en nada, pues inspiró, encendió el cigarrillo y expulsó el humo con aquel erotismo característico tan suyo.

### 3.

Como casi cada día, entre las cinco y media de la mañana y las seis, sus ojos se abrían y ya no había modo alguno de conciliar el sueño de nuevo. Era una rutina que antes le gustaba, pero a medida que transcurrían los años le empezaba a incordiar levemente, y antes le agradaba aquello de levantarse y encontrar oscuridad y silencio, porque allí donde vivía carecía normalmente de eso y él lo necesitaba para escribir. Ahora era todo lo contrario, le sobraba. O para ser más exactos, tenía más de la que deseaba de noche, y mutismo, porque sencillamente era incapaz de crear una historia mínimamente buena. Lo

intentaba, prácticamente todos los días, lo probaba a diferentes horas, no fuera que allí en el norte de Europa tuviesen un horario diferente que en su Mediterráneo, pero no podía lograrlo. Aquella inspiración tan fértil de un par de años atrás parecía haberlo abandonado definitivamente, y eso, en aquella soledad buscada, elegida, le empezaba a deprimir.

Llevaba viviendo en aquella mansión situada en la isla de Skye tres meses. Sus compras más básicas las realizaba en Portree, el pueblo más grande de aquella pequeña isla. Si era algo más complicado de encontrar, sencillamente cogía el transbordador de la Caledonian Mc Brayne y en una media hora llegaba hasta la ciudad de Oban, y si lo que deseaba ya eran cosas de índole muy, pero que muy personal e íntima, se llegaba hasta la capital de Escocia, la majestuosa Edimburgo, a pesar de que tenía mucho más cerca la bulliciosa Glasgow. Pero esta no era muy de su devoción: tan solo había ido en una ocasión a ver al Celtic, equipo de fútbol que llevaba en su corazón desde su adolescencia.

¿Y qué era aquello muy, pero que muy personal e íntimo por lo se debía desplazar hasta Edimburgo?

Lo personal era el vicio y lo íntimo, compañía.

El vicio, un poco de cocaína, y la compañía, femenina.

El joven que le enseñó la mansión por vez primera era de Edimburgo y representaba a unas fincas de aquella ciudad. Era un chico de 25 años, sobrino del dueño de dichas fincas, tatuado y lleno de piercings, pero eficaz y jovial, todo amabilidad en el trato profesional y personal. Cuando firmaron el contrato, allá en la capital, lo invitó a unas cervezas y le dijo, entre otras cosas:

—Tío, has hecho una compra increíble, te lo digo ahora que ya has firmado y es tuya para lo que la quieres, estar solo y escribir. Es de puta madre, pero si te entra el mal rollo... aquello es muy solitario. Mira, yo te doy esta tarjeta por si necesitas algo, ¿me entiendes? Compañía o algo para sentirte mejor. Me llamas, yo te acompaño el primer día y te presento a gente de fiar. Si no quieres tranquilo, rompes la tarjeta y ningún problema, ¿correcto?

Llevaba en aquel lugar tan solo un mes cuando llamó a Steve, ese era el nombre de aquel joven. Se desplazó hasta Edimburgo, en el parque de Princess Street, donde entre tanto turista nadie llama la atención. Allí le presentó a Andrew, un expolicía expulsado por traficar con mercancía robada, cocaína, exactamente. Allí compró el primer gramo. En cuanto a compañía femenina, Steve le dijo que podía presentarle a unas chicas que no eran profesionales, eran simplemente amigas suyas, universitarias de St. Andrew, una lituana, otra irlandesa y la última escocesa. Le enseñó tres fotografías de cuerpo entero. Señaló una. Había elegido a la pelirroja irlandesa, Mary, Steve la llamó. Estaba en clase. Quedaron para el próximo sábado.

Perdón, no he presentado al protagonista masculino de esta historia.

Se llama Calassanç, es de Vilanova i la Geltrú, 52 años y su oficio actual, escritor.

## 4.

Sábado lluvioso en Glasgow. Envuelta en una sábana blanca solo tenía en mente una cosa, no levantarse. Había elegido, de entre las 5 habitaciones de las que disponía aquella magnífica casa, la más pequeña, íntima y acogedora, la de la buhardilla. Como una autómatas, alargó el brazo derecho y cogió el paquete de tabaco, colocó uno entre sus labios y observó el interior de la cajetilla. Le quedaban dos aún, eso equivalía a que podía estar una hora y media en la cama sin levantarse. 10:00 de la mañana. Con el mando a distancia encendió la inmensa pantalla plana del televisor. Fue pasando canales y más canales, dibujos animados, Postman Pat, rugby desde Nueva Zelanda, cricket desde Pakistán, película en blanco y negro, Casablanca, un documental de la vida de los cangrejos de Alaska, noticias y más noticias. Lo dejó en uno musical, de un concierto del año 1999 del grupo local Texas, pero volvió a apagar el televisor. Empezaba a dolerle la cabeza. El día anterior fue a dormir tarde, a pesar de que salió del trabajo a las 18:00. Fue con su compañera de oficina y un par de clientas, todas del sexo femenino, a un restaurante a comer, especialidad marisco autóctono, y luego a un pub a beber hasta emborracharse. Estadísticamente, relación número de habitantes mujeres y alcohólicas, Escocia ocupa el triste privilegio de ser la primera del mundo. Ella no era escocesa, pero colaboró ese día a mantener dicha estadística. Ebrias, fueron a casa de su compañera de oficina, Amy. Las dos clientas empezaron a bromear y a tocarse y, en el estado en que se encontraban, terminaron, como era previsible, teniendo una íntima relación en el cuarto de invitados. La dueña de la casa, lesbiana que nunca llegó a entrar en el armario, se sintió depresiva dada su soledad en amores y se encerró en su habitación a llorar, desoyendo los ruegos de quien pretendía darle consuelo afectivo. El resultado de todo aquel disparate fue que tenía dos opciones, quedarse a dormir en el sofá yendo a vomitar cuando el cuerpo lo pidiera o ir a su casa vomitando por la calle y llegar y dormir de un tirón en su cama.

Eligió la segunda opción. Aguantó bravamente sus náuseas 14 de los 15 minutos que la separaban de su morada, pero en la misma esquina, a pocos metros de su puerta y bajo un luminoso farol, su estómago no aguantó ni un segundo más. Olor a alcohol y sonidos de aplausos, estos provenían de un grupo de jóvenes que, sentados en un banco cerca del lugar, presenciaron en directo aquella escena.

Ahora lo recordaba bien. Se pasó una mano entre la mata de su pelo rubio y se tapó la boca. Debía levantarse y darse una ducha fría para despejarse y como auto castigo por haber bebido.

Apartó aquella sábana, mostrándose completamente desnuda. Anduvo así hasta la pequeña ventana que daba a la calle y terminó de apurar el cigarrillo allí. Abrió la ventana, mostrando su torso desnudo a la ciudad de Glasgow. No había nadie observando hacia aquella dirección, pero tampoco le hubiera importado si alguien le hubiese visto los pechos. Estaba harta de hacer topless a orillas de aquel mar tan suyo, el Mediterráneo.

Perdón, no he presentado a la protagonista femenina de esta historia.

Se llama Elba, tiene 48 años y su oficio actual es el de relaciones públicas en una editorial.

## 5.

Tres meses encerrado en aquella ansiada y deseada soledad y ni una página escrita. Cien empezadas, pero todas borradas de nuevo de su ordenador. Le había llamado su editor de Barcelona en un par de ocasiones. En la primera ocasión le dijo que no tenía nada en mente aún. Ya en la segunda le mintió para que callara y no le incordiará más, que tenía el libro encarrilado, que no podía avanzarle nada.

Llamó a Mary. Sí, estaba disponible, a las cinco de la tarde, en el pub Sherlock Holmes, en Piccadilly Place.

Si cogía el transbordador de las 11:00 llegaría a Oban antes de las 12:00. Allí el tren hasta Edimburgo. Sí, llegaría sobre las 16:00, le daba tiempo.

Mary era una chica extraordinaria y no hablando de ella en el aspecto físico, pues cierto que era guapa y esbelta pero, como miles en aquella ciudad, su mayor cualidad era de espíritu e inteligencia. Nació en un pequeño pueblo cercano a Limerick, en Irlanda, la menor de 7 hermanos. Su padre murió cuando ella solo tenía 10 días en un accidente de motocicleta. Su madre crió a todos sus hijos sin pedir ayuda alguna, entre la pobreza y la fe católica. Fue a un colegio de monjas y allí, desde pequeña, ya demostró un coeficiente intelectual fuera de lo común. Ya de mayor consiguió una beca para estudiar en St. Andrews, la misma universidad donde cursa estudios la familia real británica. Física cuántica es su especialidad, la más joven entre el alumnado en esta rama, pero su familia, es decir, su madre, no la puede ayudar económicamente. Es por eso que, lamentablemente, alquila su cuerpo, normalmente los fines de semana, a 50 libras esterlinas la hora.

Calassanç se duchó y afeitó. Se vistió como es habitual en él, pantalones tejanos desgastados, deportivas blancas y camiseta azul marino manga corta y una cazadora negra.

Llamó a un taxi para que lo fuese a recoger y lo llevara hasta Portree. Jamás quiso sacarse el carnet de conducir, ni tan solo llegó a planteárselo un solo día. Normalmente, cuando tenía que desplazarse al pueblo a comprar, lo hacía en bicicleta, pues tan solo lo separaba de su mansión apenas 6 kilómetros. El encargo se lo llevaban después en una furgoneta. Pero hoy prefiere ir en taxi pues la lluvia de los últimos días había embarrado considerablemente el pequeño camino de tierra que lo llevaba hasta allí.

Sacó el pase para el transbordador y le dio tiempo de tomar un café y charlar amigablemente con los pescadores del puerto, como siempre quejándose de las pocas capturas y del bajo precio del pescado, algo común en todos los lugares, pensó Calassanç, pues él tenía amigos pescadores allá en su ciudad y las mismas quejas que ahora oía eran idénticas.

El más joven de los pescadores, un chico de unos 18 años, y sabiendo que Calassanç era escritor, le pidió le aconsejara un libro. Calassanç sonrió diciéndole que lo tenía muy fácil y en el idioma original, que leyera a Shakespeare, el más grande de la historia junto con García Márquez, pero que para un anglosajón la lectura de este último era algo complicada, era otra cultura.

Con una puntualidad británica, a las 11:00 en punto el ferry soltó amarras y tomó rumbo a Oban en una mar solo ligeramente rizada, una temperatura fresca y una ligera llovizna.

## 6.

Por la noche se quedaría a dormir en el hotel, pues no le apetecía hacer de nuevo todo el mismo recorrido a la inversa. Tampoco se había planteado cuanto rato estaría con Mary. No era cuestión de dinero y tampoco dependía exclusivamente de él, pues no sabía el tiempo que Mary podía ofrecerle, ya que repartía el fin de semana entre sus estudios y esa fuente de ingresos.

A las dos menos veinte el tren iniciaba su andadura hacia Edimburgo. Sentado al lado de la ventana de aquel tren miraba el paisaje que se escurría entre sus ojos a una considerable velocidad. Allí donde el ser humano no daba muestras de presencia, el verde pálido lo dominaba absolutamente todo. En cambio, era el gris el que predominaba en donde daba muestras de su presencia, casitas aisladas, pequeños pueblos o aquella enorme ciudad llamada Glasgow, a la cual estaban a punto de llegar.

El día, de un plomizo habitual por aquellas tierras, invitaba a la reflexión si se estaba en soledad, y precisamente esa era la situación de Calassanç en aquellos instantes, y recordó algo o mejor dicho a una persona que no pasaba día que no se cruzara por su mente.

No sabía nada en absoluto de ella. A los dos meses de publicar su libro y alcanzar la fama, ella marchó sin decirle adiós. Hubiese podido indagar cual fue su destino, pero no quiso hacerlo: si algún día se tenían que cruzar de nuevo sus vidas, ese día ya llegaría.

¿Si se sentía culpable?

Solo en parte.

¿Si lo volvería a repetir?

Posiblemente.

O tal vez no.

Cierto, ella fue su musa e inspiración, pero el libro lo escribió él, únicamente él. Lo presentó medio en broma a una editorial y cuál fue su sorpresa cuando lo aceptaron, pero con una sola condición, ampliar el número de páginas e introducirle más acción, preferiblemente que hubiese sexo de por medio.

Él aceptó, era su gran oportunidad de publicar, el sueño de toda su vida, pero no le informó a ella exactamente lo que pondría.

—Solo unos retoques —le dijo.

Y ella se sintió traicionada por haberla desnudado y haberla follado.

Sin su permiso.

Prácticamente una violación.

Ella se lo dijo en su cara, dio media vuelta y se fue. Calassanç no la buscó para disculparse, sencillamente porque creía que no debía disculparse. Podía hablarse, pero no pedir perdón.

Era solo ficción, no había narrado unos hechos reales, era pura inventiva.

A las cuatro menos cinco minutos entraba el tren en la estación de Edimburgo.

## 7.

Tiró el cigarrillo por la pequeña ventana de la buhardilla. Tenía que llamar a su amiga Amy y preguntarle cómo se encontraba. La noche anterior estaba borracha como ella. La única diferencia era que su amiga estaba, además, deprimida, y Elba sabía muy bien uno de los motivos de aquella depresión, lo sabía perfectamente.

Mal de amores, y eso siempre es un problema, pero en aquel caso era mucho más que eso sencillamente porque Elba sabía a la perfección el nombre de la persona que no correspondía a su amiga en esos asuntos del corazón.

Porque simplemente era ella.

Amy nunca se lo había dicho, ni tan solo insinuado, pero las personas maduras que ya han pasado por trances equivalentes, bien el de amar o de saberse amado, lo perciben en la actitud, miradas, gestos, rabias, celos, todo ello en el más absoluto silencio del que ama.

Cuando Elba aceptó aquel trabajo, el de relaciones públicas y directora comercial, Amy fue su primera compañera de oficina como directora ejecutiva. Ambas tenían el mismo poder de decisión y se complementaban a la perfección, y ellas fueron, de manera consensuada, las que eligieron a todos sus empleados. A las pocas semanas Elba ya se dio cuenta de que su compañera sentía predilección especial por ella, pero eso no le ofendía en absoluto. Al contrario, debería ser siempre un honor sentirse amado, lo único que hizo ella fue tratarla con absoluta normalidad y no darle esperanzas como tampoco decirle de manera contundente que se equivocaba respecto a ella.

Mientras estuvo fumando aquel cigarrillo pensó en sí misma y en Amy. Esta, aparte de ser una magnífica compañera de trabajo, era una persona excepcional, buena, amable, servicial y educada, y Elba pensó una cosa.

Mejor, pensó en dos cosas que podían complementarse.

La segunda en la que pensó fue que desde que tomó contacto en tierra escocesa no había tenido relaciones íntimas con nadie, ni las buscó, y no lo hizo porque no le apetecía estar con ningún hombre. Apenas salía de casa y, cuando lo hacía, era para ir al cine o al teatro, normalmente sola, aunque en alguna ocasión Amy la acompañó. Evidentemente sí satisfizo sus ocasionales deseos, pero lo hizo en íntima soledad.

Lo primero que pensó fue que podía invitar a su amiga a pasar el fin de semana en Edimburgo. Glasgow tenía de todo, pero quería cambiar un poco la rutina de ver siempre las mismas piedras. La invitaría a comer y a ver algún espectáculo. Luego le diría que ya que estaban allí podían alquilar una habitación de hotel y dormir en aquella ciudad, para por la mañana visitar algún museo o ir de compras, comer en algún restaurante de moda y regreso a Glasgow, pero ese no era exactamente el fondo de aquella invitación.

En el hotel, Elba le hablaría con claridad a Amy que no esperara reciprocidad en su amor, no se veía compartiendo hogar y vida con una mujer, pues ella no se sentía lesbiana. A cambio, si Amy lo entendía y lo aceptaba sin tristeza o trauma alguno, ella estaba dispuesta a experimentar con su cuerpo, no le prometía nada, solo le garantizaba una primera vez. Si física y espiritualmente era placentero y no afectaba su relación laboral, bueno, en ocasiones más vale acompañado que solo.

Esperaría aún un par de horas antes de llamarla y contarle su plan, medio plan, el resto ya se lo diría. Abrió el grifo de la bañera y de momento tan solo la llenó con un palmo de agua. Cortó el agua.

Hacía tan solo dos días había ido a depilarse a la cera. Llevaba, pues, el cuerpo suave y libre de vello, pero en ciertos aspectos más vale prevenir. Cogió una cuchilla de afeitar Venus, colocó en su mano un poco de espuma y la esparció con suavidad. Separó

sus piernas: una fina línea rubia dividía su sexo en dos. La hizo desaparecer en unos pocos movimientos con la Venus y volvió a abrir el grifo de agua tibia hasta llenar su bañera.

Previamente, antes de la inmersión en aquella bañera, había preparado una radio con CD, y seleccionado el que escucharía mientras estuviera allí dentro. No sería nada estridente, por supuesto, sino todo lo contrario. Para reflexionar, escogió el Tubular Bells, primera edición, de Mike Oldfield. Este genio de la música publicó su mayor obra con tan solo 19 años y a Elba le encantaba. Lo había visto en concierto en una ocasión y siempre que necesitaba meditar o buscar solución a algún problema, era lo que escuchaba: la tranquilizaba.

Buscaba en su mente cómo se desarrollaría la película que iba a rodar con Amy, todas sus posibles secuencias y diálogos, en positivo o en negativo, para así tener que improvisar lo mínimo en una hipotética situación no calculada, pero por mucho que se esforzaba, hoy, precisamente hoy, un nombre extraño y un rostro conocido se introducían por su mente.

Y no deseaba pensar en eso. Y ahora, precisamente ahora, mucho menos.

Pero durante unos segundos no consiguió evitarlo, recordó donde estaba, en la ciudad o país. Le vino en mente conversaciones que tenían a través de facebook, de sueños que eran quimeras a no ser que le tocara la lotería. Si el azar se lo proporcionaba, compraría una casita en Escocia e iría allí a escribir una gran obra, publicarla. Las circunstancias de la vida establecieron que fuera al revés: inesperadamente, una apuesta o algo así, un juego quizás, pero con la inspiración como jamás había tenido, le empujó a escribir el libro de su vida y le vino el éxito, la fama, el dinero.

Y ella era parte indisoluble de aquello.

Pero ya no sabía nada más de él ni lo deseaba.

Se preguntaba si habría cumplido sus sueños, pero no le importaba.

Tal vez la fama se le había subido a la cabeza y anulado sus principios éticos o filosóficos y estuviera en alguna playa tostándose con nenas medio desnudas, exprimiéndole su semen sencillamente por su puto dinero.

Traidor.

Pensamiento que acompañó con las manos golpeándolas contra el agua, provocando que esta salpicara su rostro y se enojara más aún.

Y una lágrima solitaria brotó de su lacrimal, dejando un reguero salado en su mejilla izquierda. Con el pulgar hizo el ademán de borrarla de allí, pero cuando su dedo estaba a punto de hacerla desaparecer desistió de aquel acto y quiso conservarla.

Porque, ¿y si ella sabía que aquella única lágrima no era de rabia?

¿Es que tal vez, en un rincón de su alma donde ella no podía llegar, había un rescoldo de lo había sentido por él?

Y un millón de hermanas gemelas de aquella primera lágrima manaron por fin de sus ojos. Se puso las manos en la cabeza y lloró desconsoladamente. ¿Por qué tuvo que tomar aquel rumbo su historia?

¿Por qué la vida le negaba por segunda vez compartir un fragmento de su existencia con él?

Respiró hondo varias veces hasta que se calmó. Debía olvidar aquello: fue lo que fue, y punto. Debía centrarse solo en ella y ahora, porque el futuro no existe. Presuntamente vendrá, pero solo hay de cierto en este mundo que hubo un pasado y hay un presente, el devenir nuestro lo sabremos minuto a minuto mientras sigamos vivos.

Se enjabonó y deslizó su esponja desde su espléndida mata de pelo rubio hasta el suave e íntimo lugar cuyo acceso necesita un código formado por cuatro letras, y al cual contadas personas han tenido acceso. ¿Qué tal quedaría un pequeño piercing allá? ¿Y un tatuaje significativo? Sería tan solo para ella, aunque podría poner también una frase de bienvenida en aquel lugar, algo así como “si has llegado hasta aquí, no te quedes ahora fuera, entra”.

Qué tonterías estaba pensando. Para qué coño —y nunca mejor dicho— necesitaba grabarse algo en aquella parte de su cuerpo. Además, alguien tendría que hacerlo, y por supuesto que no estaba preparada para que alguien hurgara por allí durante unas horas, aunque fuera una chica la que lo hiciera.

Eso le trajo a la mente que tenía que llamar a Amy.

Salió de la bañera y se cubrió con un albornoz azul celeste. Bajó hasta el primer piso de aquella magnífica casa estilo victoriano de ladrillo rojo y se sentó en una butaca. Marcó los pertinentes números de casa de su amiga y compañera de oficina. Un par de tonos y Amy contestó.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —le preguntó Elba.

Le contestó que le dolía la cabeza, pero también el alma por las tonterías que hizo la noche anterior.

—No tienes que disculparte por nada, Amy. Te llamo también para decirte que te invito a pasar este fin de semana en Edimburgo, no acepto un no por respuesta, ¿qué dices?

Amy soltó una tímida sonrisa.

—Vale, si tú quieres.

—Iremos en mi coche. A las dos te paso a buscar por tu casa, ponte guapa y sexy, besos.

## 8.

La estación en la cual se bajó Calassanç caía al pie del imponente castillo de la ciudad, por debajo de la calle más conocida y comercial de Edimburgo, la Royal Mile, desde la cual se divisaban, debido a su altura, docenas de agujas de sus respectivas iglesias de la ciudad, apuntando piadosamente al cielo. Sin lugar a dudas aquella ciudad fue de las más religiosas de la Europa de su tiempo. Hoy, edificios consagrados a la fe anglicana, luterana, calvinista, metodista, católica y demás, se repartían la fe de aquellos hombres y mujeres, pero en clara recesión respecto a 30 o 40 años atrás. La prueba más evidente de ello era que algún obispado había vendido iglesias para su uso comercial, en concreto restaurantes. Así pues en Edimburgo, como en la mayor parte de la Europa occidental, o sobraban iglesias o faltaban almas que tuviesen fe.

Fue andando hasta Piccardy Place, lugar donde estaba situado el pub Sherlock Holmes. Aquel nombre en aquel local era de una lógica aplastante, casi insultante, pues en aquel edificio nació en el siglo XIX el creador del detective más famoso de la literatura policíaca, nada más y nada menos que Sir Arthur Conan Doyle, del cual Calassanç, desde su adolescencia, era un acérrimo fan.

Entró y pidió una Caledonian, cerveza local, y se dirigió hacia el lavabo. Allí se encerró y sacó una bolsita pequeña de su bolsillo, la mordió con los dientes y vació una parte de su contenido, levemente granulada, encima de la tapa del váter. Con una tarjeta de crédito fue aplastándola, dividiéndola o juntándola de nuevo repetidas veces hasta que quedó lo suficientemente fina para su cometido. Cogió un billete de cinco libras, de los del Bank of Scotland, que convivían con otros dos bancos más escoceses y con el del Bank of England. Lo enrolló en forma de tubo y después de taparse el orificio nasal izquierdo lo esnifó por el derecho, cerró los ojos y notó el típico gusto amargo que le corría por sus garganta. Una gota de sangre se deslizó por su nariz, una tan solo, que fue limpiada con un trozo de papel. Tiró de la cadena solo por hacer ruido y salió de allí en busca de la cerveza que aliviara aquel gusto amargo que percibía dentro de sí.

Ahora se sentía algo mejor, mucho mejor.

Para su sorpresa vio que Mary ya estaba allí sentada en una de las pocas mesas libres que quedaban disponibles. Cogió la cerveza y se sentó enfrente de aquella joven pelirroja, dándose previamente unos besos de bienvenida.

—¿Por qué no me habías dicho que eras un escritor famoso, Calassanç? Preguntó la chica.

Calassanç no esperaba aquella pregunta y sonrió.

—Bueno, tampoco lo soy tanto. Cierto que he publicado también aquí, pero ya veremos si cuaja mi obra en el mercado anglosajón.

—Dedícamelo, por favor —le pidió Mary acercándole el libro—. Quiero tener el recuerdo de un escritor famoso.

Calassanç accedió a la petición de Mary por infinidad de motivos, menos por el que él realmente creyera que fuese alguien digno de firmar autógrafos.

—“De alguien que jamás ganará el Nobel de Literatura para la chica que en un futuro será Nobel de Física, con sincero afecto, Calassanç”.

Mary pidió un agua. Aquella joven ni bebía alcohol ni fumaba y, por supuesto, tampoco tomaba drogas. Hacía lo que hacía por simple necesidad y sin abusar de ello. Observaba a los ojos con afecto a Calassanç mientras este le estaba dedicando el libro. Cuando el escritor terminó y se lo devolvió, Mary lo leyó enseguida.

—Oh gracias que bonito, aunque no creo que yo gane el Nobel jamás. Muy agradecida. Lo guardaré toda mi vida.

—Por cierto, ¿cómo te enteraste de que yo escribía? —quiso saber Calassanç.

—Por Steve. No te enfades, le pregunté a qué te dedicabas. Si me hubiese dicho otra cosa lo hubiese ignorado pero, ¡escritor! Es una chulada escribir. Entonces busqué por internet tu nombre, no es que haya muchos nombres de pila como el tuyo, y allí salió, tu cara y tu libro, “una cuenta pendiente”. Lo he comprado esta mañana y he leído 25 páginas. Está bien escrito y la idea es bastante original. Una cosa, el nombre del protagonista del libro es igual que el tuyo. ¿Por qué? No es algo muy habitual, ¿no?

Calassanç volvió a sonreír,

—Sencillamente porque soy yo mismo. El libro es mitad ficción y mitad realidad, tú coge como ficción o realidad la parte que prefieras.

—Entonces, la protagonista femenina de la historia, ¿Elba...?

—Realidad —se limitó a decir Calassanç.

Mary miró un rato a Calassanç sin atreverse a hacerle una pregunta, pero finalmente se la hizo.

—Entonces, ¿tú y Elba erais...?

Calassanç echó su cuerpo para atrás y reflexionó.

—No creo que llegáramos a eso.

—Grandes amigos, pues.

Calassanç ahora inclinó su cuerpo hacia delante, y con afecto le dijo:

—Realmente, no lo sé.

—Entiendo, perdona por preguntar, intentaba ser solo amable, me he equivocado, lo siento.

—No tienes nada de que disculparte.

Pasaron a hablar de otros temas menos trascendentes que derivaban hacia el porqué se encontraban ellos dos allí y ahora, cuando de pronto...

—Calassanç, tienes los ojos colorados, ¿qué te has tomado? Lo imagino.

—Nada, no he tomado nada.

Mary le cogió con ambos brazos y lo atrajo hacia sí, le besó de un modo que parecía pasional, pero era tan solo la búsqueda de una prueba.

—Tienes sabor amargo Calassanç. ¿Por qué tomas cocaína? Es la segunda vez que lo noto. ¿Qué problema te induce a ello? Tienes fama, dinero, vives en una formidable

mansión, pagas por tener compañía femenina... —le dijo en la cara, pero con un hilo de voz apenas perceptible.

Calassanç no le contestó, solo miró hacia la calle.

—Anda, vámonos —le pidió Mary cogiéndole de la mano.

Ya anochecía en Edimburgo. Eran las 18:00 de la tarde, hora en la que abría las puertas la Catedral de St. Mary, y a la que en cada ocasión que debía realizar un “trabajo” Mary iba a encender una vela a su patrona pidiéndole disculpas. Calassanç la esperaba fuera fumando un cigarrillo. A los pocos minutos salió aquella jovencita pelirroja y agarrando por el brazo a Calassanç cruzaron la calle para entrar en el hotel Holiday Inn.

## 9.

Elba se subió un poco el vestido para subir a su Rover Range todoterreno. Llevaba un vestido blanco, tipo ibicenco, con transparencias, sujetador y braguitas del mismo color, porque así lo evidenciaba el translúcido, botines del mismo color y seductoras medias de seda.

Se dirigía a casa de Amy, muy cerca del estadio del Glasgow Rangers, en Dargavel Avenue, una zona de casitas unifamiliares típicamente británicas.

En pocos minutos aparcó delante de su casa y tocó el claxon, lo que provocó que algunos vecinos se asomaran por la ventana para vislumbrar si aquello iba dirigido a ellos o simplemente por pura curiosidad.

Amy estaba realmente formidable, un vestido corto y ceñido definía bien su esbelta silueta. Se evidenciaba claramente que llevaba solo un pequeño tanga y prescindía de sujetador alguno. También llevaba unos botines de tacón de aguja y el pelo como lo

llevaba siempre, corto y rubio natural, piel blanquísima y ojos azules diáfanos. Realmente era una mujer bella a sus 50 años.

Se dieron un par de besos y un abrazo.

—¿Cómo estás, Amy?

—Mejor, mucho mejor, más animada, gracias por tu invitación.

Elba la miró y sonrió, dándole unas palmaditas en la rodilla.

—Y aquellas dos, ¿cómo terminaron la noche? —preguntó Amy.

—No me hables. Exactamente no sé lo que se hicieron entre ellas, pero se pasaron un par de horas entre gemidos y sollozos de placer, y yo en la habitación de al lado, borracha y depresiva. Me despertaron que eran casi las 8:00 de la mañana, con un rostro demacrado, que se iban a casa... ¡con sus esposos e hijos respectivos! Ni sabía que estaban casadas ni la explicación que debían dar con aquellas caras. Imagino que debieron responder a muchas preguntas.

—Sí, lo imagino. No desearía estar en su piel en estos instantes, horas antes... tal vez —se dejó insinuar Elba.

Amy la miró con expresión interrogativa pero sin decir nada aunque, y de reojo, le pareció verle algo así como una leve sonrisa en su rostro.

—No me acostumbraré nunca a eso de conducir por la izquierda, a pesar de que ya llevo más de un año aquí, pero ¿por qué no conducís por el otro lado como todo el mundo? —dijo Elba, medio en broma medio en serio.

—Sí, imagino que a mí me ocurriría lo mismo. ¿Quieres que ponga música?

—Vale, pero que no sea lenta. Mira en la guantera, algo hay.

—No hace falta, me he traído unos pocos CD's. ¿Va bien George Michael?

—Claro, perfecto.

Estuvieron todo el corto trayecto de Glasgow hasta Edimburgo cantando o tateando las letras del icono de gays y lesbianas del mundo musical. Cuando ya se dibujaban los magníficos edificios de la capital de Escocia, Amy apagó el CD.

—Paramos a comer algo, ¿te parece? —preguntó Elba.

—Perfecto, invito yo, vamos a The Witchery, al pie del castillo.

—¿Te has vuelto loca? Es el más caro de la ciudad. Además, habrá que hacer reserva previa.

—La dueña del local estuvo conmigo en el colegio internado. Tenemos muchas historias en común. Siempre hay una mesa en The Witchery para mí, te lo aseguro.

Elba no le quiso preguntar qué historias en común podían tener ambas mujeres, pero lo intuyó sin temor a equivocarse.

Aparcaron el Rover en un parking subterráneo y subieron por aquella empinada calle, la Royal Mille.

Majestuoso, esa era la palabra que podía definir a la perfección aquel lugar.

El lujo se desbordaba por todos los rincones. Espacios acogedores para la intimidad de las parejas y espacios enormes para banquetes de algún tipo de celebraciones, todo de madera de roble, y en la parte que daba a la calle unos enormes ventanales de cristal.

Amy preguntó por Christinne.

—No creo que pueda atenderla, señora, está realmente ocupada —le dijo una camarera con cierta altivez.

—Bien, usted solo dígame que Amy, su compañera de cuarto en el internado, está preguntando por ella, a ver cómo reacciona. Solo eso. O, si prefiere, la llamo yo a su móvil y le digo que estoy aquí hablando con usted.

De manera malhumorada, se dio la vuelta, presumiblemente en busca de Christinne.

No transcurrió ni un minuto. Elba entendió a la perfección el porqué de aquel nombre en el restaurante. Supuso que era la tal Christinne aquella que se abrazaba a Amy, alta, debía de pasar del 1'90, extremadamente delgada, huesuda sería mejor definición, pelo largo canoso, y vestida absolutamente de negro, la viva imagen de una bruja tal y cómo las narran en los cuentos.

—Esta es mi amiga y compañera de oficina, Elba —le presentó a Christinne.

Tras los consabidos besos y demás diplomacias y cortesías, las llevó hasta una mesa para dos, y que la disculparan pero que tenía muchísimo trabajo, pues en breve debía de llegar alguien de la monarquía a comer allí.

¿La comida? Como es habitual en los restaurantes de gran lujo, mucha presentación pero poco llenar el estómago, platos diminutos de marisco, atún y salmón, postres de helado de gamba.

120 Libras.

Amy le dijo a la camarera que les sirvió, mucho más atenta que la primera, que las despidiera de la dueña del local, que debían irse con prisa, y para que tuviese memoria le alargó un billete de 5 libras.

Cogieron el coche de nuevo y se desplazaron hasta el barrio marítimo de Edimburgo, lo que hace años fue el municipio independiente de Leith, ahora parte de la ciudad.

Estaban ambas hambrientas, no habían almorzado y aquello que hicieron no era ni mucho menos comer,

—120 Libras y estoy muerta de hambre —dijo riéndose Amy.

—Ahora invito yo, vamos a por un par de raciones de fish and chips.

Se lo comieron con auténtica devoción y esta vez sí les llenó el estómago, por 6 módicas libras.

A todo eso, eran las cinco de la tarde y entraron a tomar una copa en el Noble Café Bar, toda una institución del ambiente tarde noche de aquella zona marítima.

Tomaron ambas mujeres un par de bebidas alcohólicas de origen tropical y que jamás antes habían degustado, sabor entre dulce y ácido, y hablaron y rieron desenfadadamente, durante media hora.

—Elba, me parece que se me está subiendo a la cabeza el brebaje este.

—Tienes razón, entra suave pero... Anda, vámonos a buscar un hotel donde pasar la noche y dormir un rato ahora. Pararemos al primero que encontremos.

Arrancaron el coche y cogieron una amplia avenida que conducía al centro de la ciudad, entre un tráfico ahora ya considerable.

—Avisa en cuanto veas un hotel Amy. Dios, como nos pare la policía me retiran el carnet.

Aquella avenida finalizaba con un viejo teatro. A la derecha se observaba una especie de rotonda y allí...

—Para, para y aparca donde puedas Elba, aquí enfrente hay un hotel.

El nombre de dicho hotel, Holiday Inn.

Calassanç y Mary subieron el par de peldaños del hotel y entraron. El mostrador estaba situado justo enfrente. No era uno de aquellos hoteles centenarios de estilo georgiano o victoriano que abundan en aquella isla, simplemente un hotel nuevo sin un

estilo definido, del montón. Esperaron unos segundos hasta que les atendió un recepcionista que pasaba de los 60 años, impecablemente vestido.

—¿Qué desea, caballero?

—Una habitación, por favor —pidió Calassanç.

El recepcionista, que ya anteriormente había observado a Mary mientras atendía a una llamada telefónica suspiró.

—Discúlpenme, pero la señorita debería mostrarme algún documento que acredite que es mayor de edad. Entiéndame, son las normas.

Calassanç miró a Mary.

—Sí, claro, ningún problema —comentó la chica extendiéndole el pasaporte irlandés.

“Mary Agnes Rose Kennedy, nacida el 15 de Agosto de 1994 en Limerick...”

—Correcto, disculpe señorita. ¿Cuánto tiempo desean quedarse? —les preguntó de una manera diplomática, aun sabiendo la respuesta y el motivo por el que requerían habitación en el hotel.

La voz popular en Edimburgo decía de aquellos hoteles que eran para putas y turistas; para turistas con bajo o medio poder económico y putas que se podían permitir trabajar en un lugar más que digno, dado el razonable precio de las habitaciones.

—En principio esta noche —dijo Calassanç.

—Una noche, correcto. Habitación 171. Aquí tiene la tarjeta magnética, les deseo buena estancia en el hotel. Si necesitan cualquier cosa solo tienen que llamarnos. Buenas noches señor, señorita.

La habitación 171 estaba en la segunda planta del hotel de las cuatro de que disponía el edificio, mucho más alargado que alto. Mientras subían por el ascensor, Calassanç miró sonriente a Mary.

—Me habías dicho que tenías 20 años. Tienes solo 18.

—Pero cumpliré 19 de aquí cuatro meses, el 15 de Agosto.

—Por eso te pusieron Mary, por la festividad de Santa María, supongo.

—Correcto, ¿cómo lo sabes?

—Porque mi caso es idéntico. Calassanç se celebra el 25 de Agosto, día en que nació.

A Mary le gustó aquella coincidencia.

—Pero somos de distinto horóscopo, ¿no? —le preguntó la chica.

—Sí, tú Leo y yo Virgo, pero yo no creo en absoluto en esa tontería de los astros.

—No, yo tampoco.

Caminaron por un largo pasillo. La 171 era casi al final de este. Calassanç introdujo la tarjeta magnética y la puerta se abrió. Entraron dentro.

Era la habitación de una simplicidad enorme: una cama en el centro, un pequeño armario a la izquierda de esta y una mesa con un televisor a la derecha; al fondo, un lavabo con ducha. La única ventana que disponía daba a una comisaría de policía, y al fondo se podía observar el Mar del Norte.

—¿Te apetece hablar un rato o prefieres que nos duchemos? Yo no tengo ninguna prisa, lo digo por ti, Calassanç.

Calassanç sacó un cigarrillo y lo encendió a pesar de que había un cartel que avisaba explícitamente de la prohibición de fumar en todo el recinto hotelero.

—No se puede fumar. Ya sabes que a mí no me molesta pero vigila donde echas el humo que hay alarmas antiincendios, no sea que empiece a salir agua del techo.

—No, tranquila. Voy a abrir un poco la ventana y tiro el humo por aquí.

Mientras Calassanç fumaba el cigarrillo pensativo, Mary ojeó un rato más el libro cuyo autor tenía enfrente, ahora de espaldas a ella. Leía fragmentos sueltos, saltándose páginas, y de vez en cuando lo observaba unos segundos, con un afecto más que evidente.

Tiró la colilla en el interior del lavabo y cogió las manos de Mary.

—¿Vamos? —le preguntó Mary.

—Sí, vamos.

Mary le despojó de su camiseta y le desabrochó los pantalones. El resto lo hizo él mismo sentado en la cama. La chica hizo lo mismo, se despojó de la camiseta de color verde y del pequeño sujetador blanco que escondía unos pequeñísimos pechos. La joven tenía un pequeño defecto en uno de sus pezones: mientras el derecho era completamente normal, el pezón izquierdo apenas era perceptible. Calassanç lo miró y Mary sintió que lo observaba.

—Tienes el pezón más hermoso de la tierra. Todos los de las demás mujeres son iguales, de serie. El tuyo es único y original.

Mary sonrió, pero no dijo nada.

Continuó quitándose la ropa. Deslizó por entre sus piernas los desgastados tejanos y el más que diminuto tanga, igualmente blanco, quedando a la vista de Calassanç un sexo completamente rasurado, a excepción de una pequeña circunferencia en su parte superior, completamente pelirroja.

Ambos entraron desnudos en la pequeña ducha. Abrieron el grifo de agua caliente hasta que el agua salió a la temperatura ideal, se sumergieron allí los dos, se abrazaron y Mary fue la primera en besar. Una cálida lengua buscó la de Calassanç, y así estuvieron el tiempo suficiente para que Mary consiguiera su objetivo: lo notó en su parte baja. Entonces ella, con sus dedos índices, lo fue deslizando por el costado de Calassanç, mirándole a los ojos. Sin apartarlos ni un segundo, Mary se fue agachando poco a poco hasta quedar de rodillas enfrente de aquel hombre, alargó sus manos y lo envolvió en ellas. Acercó sus labios hacia allí.

Calassanç lo sintió dentro y cerró los ojos, inclinando su cabeza hacia atrás mientras sus manos rodeaban la nuca de Mary y la acercaba hacia sí.

## 10.

—Buenas tardes —saludó Elba al empleado que había en recepción.

—Buenas tardes, señoras, ¿en qué puedo servirles?

—Señorita, si no le molesta —puntualizó Amy, ligeramente tocada por el alcohol.

—Disculpen, señoritas —rectificó el empleado sin perder la compostura.

—Una habitación por favor, para esta noche —pidió Elba, mucho más estable que su amiga.

—Una habitación, una noche, correcto. La 174, aquí tienen la tarjeta magnética. Si necesitan algo solo tienen que pedirlo, tengan buena estancia en el hotel.

Subieron en el ascensor. Amy se mantenía ahora pensativa y hermética. De pronto, apretó el botón de stop y el ascensor paró de golpe ante la sorpresa mayúscula de Elba.

—Amy, ¿se puede saber por qué...?

—¿Quieres saber por qué Christinne y yo seremos siempre amigas? ¿Quieres saber el secreto que nos une? —le interrumpió Amy, con voz nerviosa.

—Puedes decírmelo en la habitación, aquí nos van a llamar la atención.

—En el internado —continuó Amy sin hacerle caso—, teníamos tan solo 13 años. Éramos aquel día las últimas en cambiarnos después de la clase de gimnasia. Un viernes, la mayoría de chicas se iban a pasar el fin de semana a sus casas. Christinne y yo siempre fuimos íntimas. Aquel día por primera vez nos besamos y empezamos a tocarnos los pechos. De repente apareció el profesor y nos vio. Sonrió. Dijo que teníamos dos opciones, ser expulsadas por conducta inmoral o ser amables con él. La primera nos daba pánico. Qué dirían en nuestras casas, nuestros padres eran extremadamente religiosos. Optamos por la segunda opción. Un día a la semana, alternativamente, íbamos a su habitación y le practicábamos una... me entiendes, ¿no? ¡13 años! Así fue durante un par de meses hasta que un día Christinne, haciéndole aquello, lo mordió expresamente. Le hizo daño, mucho daño. Evidentemente, no nos denunció a la dirección. ¿Qué explicación podría dar sobre ello? Finalizado el curso se fue del internado, marchó a Australia. Espero que se esté pudriendo allí.

—Señoritas, ¿ocurre algo con el ascensor? Preguntó alguien desde el exterior.

Elba volvió a apretar el botón de stop y abrió las puertas.

—¡Qué susto! ¿Qué ha ocurrido? Pensaba que tendríamos que pasar aquí la noche —improvisó mintiendo Elba.

—No lo sé, la verdad. Lo siento mucho. ¿Están ustedes bien? —preguntó aquel hombre.

Pasado el lío del ascensor se dirigieron ambas hacia su habitación, despacio y en silencio. Faltando poco para llegar a la 174, Amy se paró y escuchó con atención.

—¿Qué haces? —preguntó Elba.

—Cómo se lo están pasando aquí dentro —contestó Amy.

Sin necesidad de acercarse demasiado a la puerta se percibían unos gemidos y susurros de acción íntima.

Continuaron su camino y entraron en la habitación.

—¿Estás ya mejor Amy? —le preguntó Elba una vez estuvieron dentro.

—Sí, perdona por lo del ascensor, no sé porque lo he hecho ni por qué te lo he explicado. Solo lo sabíamos Christinne y yo, y el hijo de puta del señor Smith, claro. La causa habrá sido aquel par de cócteles que tenían nombre de vientos.

Elba sonrió.

—No son nombres de vientos, era Barlovento y Sotavento. El primero sería estar de cara al viento, el segundo, de espalda, o sea con el viento a favor —le explicó Elba a Amy.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Mi padre fue pescador unos años, y amante de la mar toda su vida. Él me lo explicaba —dijo Elba con nostalgia.

Mantuvieron un silencio durante unos minutos, reflexivas las dos hasta que Amy le dijo a su amiga que se iba a duchar y después se acostaría un par de horas. Se sentía cansada.

—De acuerdo, en cuanto termines iré yo. Mientras, me fumaré un cigarrillo.

Amy, dada la escasez de ropa que llevaba puesta, se desnudó en unos segundos, dejando resbalar los tirantes de su vestido. Este se precipitó al suelo y con los dedos se bajó el tanga que llevaba.

Fue entonces cuando Elba lo vio por primera vez.

Fumando aquel cigarrillo oía caer el agua en el cuerpo de Amy, pensando qué podía ser aquello en la espalda y nalgas de aquella mujer, mientras expulsaba el humo por la ventana ligeramente entreabierta.

A los pocos minutos salió parcialmente cubierta con una toalla, terminándose de secar al pie de la cama.

— Puedes ducharte cuando quieras, Elba. Yo ya estoy.

Elba apagó el cigarrillo en el grifo del lavabo y seguidamente se desvistió dándose una necesaria ducha.

Se secó y aseó completamente dentro del baño, saliendo con una inmensa toalla cubriéndole el cuerpo y otra más pequeña la cabeza. Amy estaba acostada sobre su lado derecho, totalmente desnuda, sin nada que la cubriera. La calefacción estaba alta y se estaba así realmente bien. Reflexionó unos instantes y se desprendió de sus dos toallas, sentándose en la cama al lado de Amy, observando de nuevo aquellas marcas.

En la espalda se podían apreciar dos cicatrices de unos 10 centímetros de altura por 3 de ancho, divididas cada una de ellas en dos partes, situadas más o menos a la altura del omóplato. Además, en las nalgas, se veían cinco líneas paralelas en cada una de ellas, cicatrices también.

—Tenía yo por aquel entonces 30 años —habló Amy sin girarse ni moverse en absoluto, pero sabiendo que Elba la observaba—. Me sentía muy sola, había roto con mi familia, frecuentaba un club de lesbianas y una noche me invitaron a una fiesta sadomasoquista. Éramos tres novatas, las demás ya estaban iniciadas. Lógicamente, las humilladas teníamos que ser nosotras, atadas, golpeadas y aceptando que las demás te hicieran lo que les apeteciera con tu cuerpo, pero aquella noche algo salió mal. Demasiado alcohol y sobre todo una droga adulterada que volvió muy violentas a las, digamos, expertas. Se les fue la mano, nos colgaron con ganchos y nos azotaron e hicieron barbaridades con nuestros cuerpos. La suerte fue que el efecto de aquellas drogas duró apenas media hora, si no allí nos matan. Cuando pasó todo imagínate: hospital, preguntas, policía y juzgados, toda una historia.

Elba escuchó horrorizada todo aquello, y quiso arrimarse un poco más a su amiga. En contacto ya con su cuerpo, le acariciaba las cicatrices de la espalda.

—¿Pero sabes lo peor de todo aquello, Elba?

—No, ¿puede haber algo peor aún?

—Sí, lo peor de todo es que sentí un inmenso placer en ello, eso fue lo peor.

A partir de aquí, Amy ya no habló más. Elba ignoraba si estaba dormida o si se lo hacía. Recordó los planes que había hecho aquella mañana en su casa respecto a ellas dos, pero ahora dudaba, no por el hecho en sí, sino por cómo estaba su amiga. No quería empeorar las cosas pero, ¿y si Amy lo esperaba y lo deseaba?

Ella daría un pasito pequeño, muy pequeño. El siguiente, que lo diera Amy, si eso es lo que deseaba. Se tumbó en la cama, del costado derecho, como Amy, se acercó más aún a ella y se acopló a todas sus curvas.

Eran las diez menos cuarto de la noche. Mary ya se había vestido y maquillado ligeramente. Se sentó al lado de Calassanç, en el borde de la cama. Este estaba tendido en ella y le volvió a preguntar si realmente no quería que la acompañase hasta la residencia femenina de estudiantes universitarias.

—De ningún modo. Ahora son casi las diez, de aquí media hora sale uno que me lleva hasta allí. Tengo 10 minutos hasta la parada del bus, un paseo de nasa. Además, hoy es sábado, la calle está llena de gente.

—Como tú quieras. Acércame los pantalones, por favor.

Mary le trajo sus vaqueros y Calassanç cogió de su cartera 300 libras, entregándoselas a la joven.

—¿Por qué me das tanto? —le preguntó esta—. Hemos quedado a las cinco y ahora son las diez. Además, las horas que me paso hablando contigo no cuentan, con 100 libras es suficiente —le dijo cogiendo el resto de dinero y dándoselo a Calassanç de nuevo.

Este no lo aceptó de ningún modo.

—Cómprate ropa nueva.

Mary se abalanzó sobre Calassanç y lo besó, pero de un modo cariñoso, no profesional.

—Debo irme, ya nos llamaremos, cuídate.

En el umbral de la habitación la joven chica le guiñó un ojo y cerró la puerta.

## 11.

Elba y Amy ya se encontraban perfectamente tras la ducha y posterior siesta de un par de horas. Se disponían a ir al teatro Playhouse, enfrente mismo del hotel. Mamma Mia, de Abba, era la obra que representaban y de ningún modo se la querían perder. Era para las dos mujeres el icono musical de su juventud. Una chica pelirroja andaba, casi corría, por el pasillo en su dirección. Al pasar por el lado de Elba le dio un ligero golpe, de lo que se disculpó de inmediato.

—Oh, lo siento señora.

Elba le sonrió, insinuándole que no importaba. Pero la cosa iba a cambiar.

Aquella chica pelirroja llamó con los nudillos a la puerta de una habitación.

—Calassanç, Calassanç, abre por favor, me he dejado tu libro.

Aquel nombre tan peculiar sonó como una bofetada en el rostro de Elba, que se giró de inmediato ante la sorpresa de Amy.

—Calassanç, abre por favor que voy a perder el bus, y no quiero perder tu libro dedicado también, ¿me oyes?

Ahora ya no era solo un original nombre, coincidía también un libro dedicado.

—Perdona chica, ¿qué nombre has dicho? —le preguntó Elba.

No sabía bien el motivo, pero a Mary aquella situación no le gustaba.

—Abre, por favor —volvió a repetir, ahora en un hilo de voz y mirando a aquella mujer y su compañera.

Por fin Calassanç abrió la puerta.

—Lo siento Mary, me estaba dando una... ¿Elba? —preguntó estupefacto.

—¿Calassanç? —dijo Elba

—¿Elba? —era el turno de Mary, reconociéndola como el personaje femenino del libro.

—¿Calassanç? —finalmente cerró el ciclo Amy, recordando al péfido escritor que hizo tanto daño a su amiga.

Durante unos instantes se miraban unos a otros, amigos entre sí para pasar a observar el de los rivales. Fue Elba la primera en hablar.

—Veo que ahora te buscas a niñas para inspirarte —le dijo a Calassanç, pero mirando de reojo a Mary.

—Elba, por favor...

—¿Eres turista acaso? —le preguntó Amy, con toda la mala intención del mundo.

Mary, que también conocía aquel dicho de los hoteles económicos de Edimburgo, se sintió humillada, y con los ojos brillantes cogió el libro que tenía Calassanç en sus manos.

—Será mejor que me marche, Calassanç —dio media vuelta y se fue corriendo.

—Sí, nosotras también nos vamos, te dejamos solito para que escribas. ¿Cuentos infantiles ahora?

Se fueron cogidas del brazo dejando a Calassanç de pie en la puerta, con sus boxers negros cómo única vestimenta.

—¡Mierda! — exclamó Calassanç.

## 12.

La Tierra, 510 millones de kilómetros cuadrados, 7 mil millones de habitantes, y precisamente 2 de ellos, que se ignoraban mutuamente desde hacía año y medio, se encontraron en medio del pasillo de un hotel económico en una ciudad escocesa.

Superado ampliamente lo de una aguja en un pajar, sin lugar a dudas.

Tenía que salir a la calle, pensar. Debía de haber una solución para aquello. ¿Cuál?

Eran ya casi las once de la noche, temperatura más que fresca en Edimburgo. Traspasó la rotonda del hotel y se encaminó por la avenida que conducía a Leith. Pasó por delante de un teatro donde representaban Mamma Mia. Había visto la película varias veces, la recordó mientras caminaba. Se encontró de frente con un estadio de fútbol considerable, el del Hibernian FC. Era este el equipo que fundaron los emigrantes irlandeses. El propio nombre, Hibernia, es el nombre que le dieron los romanos a la isla de Irlanda, tierra de invierno, literalmente. Ignoraba si Mary, irlandesa, era aficionada al fútbol, y si lo era, si iba a presenciar partidos de ese equipo.

Calassanç no se dio cuenta, pero se encontró delante de él un océano de cruces celtas y lápidas: era un cementerio.

En Gran Bretaña y por extensión, Escocia, los cementerios no están rodeados de ningún muro en su mayoría, por lo que puedes pasear y encontrarte dentro de uno. Eso le pasó a Calassanç aquella noche.

Estaba plantado frente a una lápida en la que se podía leer el nombre del difunto, un coronel del ejército británico fallecido ni más ni menos que en 1855. En su lápida ponía donde había servido, Afganistán, India y África del Sur. Calassanç se lo imaginó, con su casaca roja, grandes patillas y bigotes, yendo a las fiestas de la alta sociedad de la época...

—Buenas noches caballero —lo saludó una voz desconocida.

—Dios mío, ¡qué susto me ha dado, agente!

—Lo lamento, señor. ¿Busca algo por este lugar?

—No, no, me alojo en el Holiday Inn y no podía dormir. He salido a pasear y, sin darme cuenta, he ido a parar aquí dentro.

—Entiendo. Le aconsejo que vaya a sitios más transitados, con más luz. Edimburgo es una ciudad tranquila, pero no está exenta de sus peligros, señor.

—Muchas gracias agente, lo tendré en cuenta.

Tomó el camino de vuelta al hotel cuando cogió el teléfono y marco un número.

—Steve, escucha, voy a pedirte un favor... No, no es nada de eso, oye: tu amigo el expolicía, tendrías que pedirle una cosa, te explico.

Estuvieron hablando más de diez minutos hasta que llegó a la puerta del hotel. Allí paró y terminó de hablar con Steve.

—De acuerdo, yo estaré toda la noche en el hotel. Llámame en cuanto lo tengas, o sube, que te daré el dinero. La 171, correcto. Gracias, Steve.

## 13.

La obra de teatro fue un éxito total. La gente en pie aplaudió varios minutos, excepto una persona que miró pero no la vio, la escuchó pero no la oyó, un ser neutro dentro de aquel teatro.

Elba.

En su mente solo tenía un nombre, Calassanç. ¿Qué hacía en Edimburgo? Recordaba perfectamente que era su ciudad predilecta, pero ir a encontrarse allí... ¿Y qué hacía con aquella chica? Apenas debía tener 18 años, si los tenía. Bueno, se imaginaba qué debía hacer. Ahora recordaba. Mal nacido. Aquellos gemidos la noche anterior provenían de su habitación, hijo de puta. Amy la despertó de su ensimismamiento.

—¿Dónde quieres que vayamos a comer? —le preguntó su amiga.

—Da igual, donde tú quieras.

Entraron en un italiano, comieron y fueron a tomar una copa. A las dos de la noche estaban acostadas durmiendo.

## 14.

Sonó el móvil de Calassanç. Lo sobresaltó a las tres de la noche. Era la voz de Steve.

—Tengo lo que me pediste. Puedes bajar un segundo, Calassanç, estoy en la puerta del hotel.

A los 5 minutos estaba en la calle. Steve le pasó una hoja de papel doblada y Calassanç se la cambió por un fajo de libras.

— Gracias Steve. ¿Ha sido complicado?

— Creo que no mucho. —Y le explicó cómo su amigo lo había logrado.

Se despidieron con un apretón de manos y Calassanç subió de nuevo a su habitación. Dormiría lo que su cuerpo le pidiera y por la tarde iría a pasear o a ver algún partido de fútbol o de rugby. El lunes por la mañana iría a Glasgow.

Pasó primero por recepción y avisó de que estaría una noche más en el hotel.

## 15.

Hacía ya algunas horas que deambulaba por Glasgow. Había localizado la dirección, pero esperaba el momento preciso. Lo haría a las cuatro y media de la tarde, pues allí casi todo cierra a las 18:00.

Rare Books, ese era el nombre de la editorial en la que trabajaba Elba, situada en pleno centro de la ciudad, un edificio nada clásico, sino todo lo contrario, de hormigón y cristal. Ocupaba la sede de dicha empresa toda la planta baja.

Decidido ya, empujó la puerta de cristal y penetró en su interior. Una chica joven, india o pakistaní, le atendió.

—Busco a la señorita Elba.

—¿De parte de quién tengo que darle el aviso? —le preguntó.

—Deja Indira, ya me ocupo yo de este caballero. ¿Qué buscas aquí, Calassanç? —le preguntó Amy.

—Hablar con Elba, solo eso.

—¿Y ella quiere hablar contigo?

—Si no se lo pregunto jamás lo sabré, ¿no te parece?

Aquella conversación no avanzaba en ninguna dirección, hasta que apareció Elba con unas carpetas en las manos. En cuanto vio a Calassanç, las dejó encima de una mesa, al lado de Indira, que seguía la escena muy atentamente. Se plantó a un metro de Calassanç.

—¿Qué haces aquí?

—Quiero hablar contigo, Elba.

—Yo no —respondió tajantemente.

—Cinco minutos solo. Tomamos un té ahí afuera. Y después desaparezo para siempre.

—Adiós, Calassanç.

Calassanç miró a las personas que lo estaban observando. Finalmente clavó sus ojos en los de Elba y se dio la vuelta.

—Calassanç, cinco minutos, ni uno más —cogió el bolso y le preguntó a Amy si quería que le trajera algo.

—Té con limón.

Caminaron en un absoluto silencio hasta el pub Bloc, en Bath Street, y se sentaron en una mesa próxima a la barra, la única libre que había en aquellos instantes. Calassanç pidió una Caledonian.

—Aquí no tenemos Caledonian. Esto es Glasgow, no Edimburgo.

Quedaba clara la rivalidad entre las dos ciudades.

—Una Tennent.

—Esa sí, caballero.

Elba pidió un té con leche.

—¿Y bien? —disparó Elba.

Calassanç suspiró.

—Elba, lamento muchísimo que todo aquello derivara hacia unos equívocos...

—¿Lo lamentas? ¿Equívocos dices? ¡No me hagas reír! Yo te diré lo que pasó. Lo que pasó es que yo estaba orgullosa de ti, de ser tu musa, de ser tu inspiración. A mi me importaba un rábano si editabas el libro o no, me gustaba cómo lo escribiste para mí, pero me mentiste, me dijiste que lo publicabas con solo unos retoques, y yo, imbécil de Elba, voy y me lo creo. Le explico a todo mi círculo de amistades que salgo en un libro de protagonista, ¿y qué pasa? Lo sabes, ¿no Calassanç? ¿Verdad que lo sabes?

Calassanç se limitaba a escuchar. Elba se puso a llorar subiendo un poco el tono de la voz, lo que provocó que se oyera en unos metros a la redonda.

—Pasó que los retoques eran escenas de sexo subidas de tono. Me hiciste hacer de todo, en todas las posturas y lugares, todo ello por vender un puto libro, o miles de ellos, da igual. ¿Y sabes quién compró también esos libros? Mis amigos, Calassanç, mis amigos. Me humillaste delante de todo el mundo, quedé como una... — Elba miró alrededor y

observó que la gente seguía atenta la conversación, pero continuó bajando un poco más la voz.

—¿Y sabes lo peor de todo, Calassanç? Lo peor de todo es que era mentira, inventado, eso es lo malo. Yo esperaba, no en el libro, sino en aquel maldito lugar, que tuvieras la suficiente imaginación y valor para darme algo más de afecto, algo más de cariño, no de aquel modo tan frío. Eso es todo Calassanç —terminó Elba cogiendo unas servilletas de papel para secarse las lágrimas de los ojos.

Calassanç también miró alrededor y notó que era el malo de la película, que el local se decantaba por la chica.

—¿Qué puedo hacer por ti, Elba?

—Darme lo que me debes —le contestó con convicción.

Calassanç no entendía correctamente aquella respuesta.

—¿Dinero? ¿Eso es lo que quieres?

Elba sonrió con tristeza.

—Yo no quiero ni dinero ni fama. Me debes 19 minutos para estar en paz, pero aquí en este mundo, no en otra dimensión, que ya ni sé si fue algo real o un simple sueño. 19 minutos cara a cara, no en la oscuridad de un portal. 19 minutos a la persona que tienes delante, no a una niña de 15 años. Y una vez tenga mis 19 minutos, todo estará saldado. Esos minutos los empezaste tú. Ahora, acábalos.

Calassanç no se esperaba aquello. Se pasó las manos por la cabeza y la miró muy serio.

—Si eso te tiene que traer la paz aunque después ya no crucemos palabra alguna, acepto. Tengo una casa en Portree, en la isla de Skye. Puedes venir este fin de semana si te apetece.

—Y yo tengo una casa aquí en Glasgow. Puedes venir a las 18:00, en cuanto salga de la oficina.

— De acuerdo, a las 18:00 te espero fuera.

Elba se levantó y por primera vez en más de un año le dedicó una pequeña sonrisa, le acarició la barbilla y lo besó en la mejilla, dándole la espalda y saliendo del local.

En cuando entró en Rare Books Amy se interesó por ella.

—¡Lo siento, me olvidé del té con limón!

## 16.

Era la tercera ocasión en que la llamaba por el móvil, y también la tercera en que este se encontraba desconectado o fuera de cobertura. Calassanç, sin embargo, estaba convencido de que era por el primer motivo. No se podía decir que se conocieran de toda la vida, sino todo lo contrario. Tuvo solo tres encuentros con Mary, de entre 3 o 4 horas cada uno, pero aquella chica que alquilaba provisionalmente su cuerpo por dinero, era mucho más humana, sensible, leal y comprensiva que muchas de las que están unidas a un hombre por la ley o la iglesia, y sabía que lo ocurrido aquella noche le hizo daño moral. Continuaría llamándola, ya vería sus llamadas en cuanto conectara el teléfono, pero si mañana no sabía nada de ella entonces llamaría a Steve para averiguar algo.

Durante lo que se llevaba de lunes, el tiempo había sido extraordinariamente anormal para ser abril y estar en aquella latitud, un día radiante con temperaturas que excedieron los 20 grados, pero ahora aquello parecía tener ganas de cambiar para peor, lógicamente. Negras nubes se acercaban por el oeste muy rápidamente. Lo que primero parecía una fresca brisa se iba convirtiendo en un vendaval molesto y con total expectativa de derivar en una tormenta con aparato eléctrico.

Faltaban 15 minutos para que fuesen las 18:00, hora en que las oficinas cerraban puertas. Debía buscar algún sitio para ponerse a cubierto de las inclemencias del tiempo. Miró a su alrededor, no le apetecía entrar de nuevo en un bar.

Volvió a encender un cigarrillo y anduvo unos metros hasta la primera esquina y giró. Vio una farmacia, un local de apuestas, restaurante nepalí, una librería. Entró allí. Fue curioseando por los respectivos departamentos, literatura anglosajona, europea,

ficción, por pura casualidad quiso saber si su libro estaba disponible en aquella librería y en un ordenador para información al cliente puso su nombre. A los pocos segundos salió por la pantalla la portada de su libro. Exactamente en aquella librería disponían de 9 ejemplares. Cerró el ordenador y continuó curioseando. Oriente, rezaba en un letrero. Era una sala pequeña donde llamaba la atención una gran foto de un lama, se acercó para leerla:

“Songtsen Mangtsen, lama tibetano, máxima autoridad en misticismo y viajes astrales en el tiempo, dará una conferencia en la librería Mystic Book, de Glasgow, el viernes 18 de abril”.

Viaje astral. Desde aquella historia con Elba ya no había realizado ninguno más. ¿Qué podía ver que ya no hubiese visto o superar aquel alucinante viaje en su mente?

Sonó su teléfono.

—¿Dónde te has metido? Estoy en el coche delante de la oficina y no te veo. Está empezando a llover y va a caer una de narices.

—Elba, estoy en la librería Mystic Book, ahora vengo.

—No te muevas del portal, ahora paso a buscarte.

En menos de un minuto, el claxon de un Rover indicó la posición donde se encontraba ella. Empezaba a llover de forma considerable y Calassanç, aunque entró rápidamente en el coche, no evitó el mojarse.

—Cómo ha cambiado el tiempo —sentenció Calassanç.

—Sí, es algo común aquí en Glasgow. ¿Te apetece ir primero a comer algo o prefieres que prepare algo en casa?

—Lo que tú digas, es tu coche y tu ciudad.

—Entonces vamos a casa, porque eso va a ir empeorando.

El río Clyde dividía Glasgow en dos. La oficina estaba en la parte sur, la más nueva de la ciudad, mientras que Elba residía en la parte norte, donde estaba el centro. Aunque Glasgow tenía sus edificios y casas centenarias, no tenía nada que ver con la otra gran ciudad de Escocia, Edimburgo. Esta estaba prácticamente virgen de edificaciones modernas en todo el centro histórico, mientras que Glasgow era todo lo contrario.

Cruzaron uno de los puentes que unen los dos sectores. Todo lo que abarcaba la vista eran casas unifamiliares, de diferentes estilos y medidas, pero ningún bloque de

pisos rompía aquella monotonía. Aparcaron frente a una de estilo victoriano de ladrillo rojo de dos pisos y buhardilla, con un pequeño jardín envuelto en rejas de color negro.

—Tengo que bajar a abrir la reja. Espérate aquí en el coche.

—No. Dame las llaves, ya abro yo. Total, ya voy mojado. Dime cuál es.

Abrió la verja todo lo rápido que pudo y esperó a que entrara con el vehículo para cerrarla después. Elba entró con el coche y paró el motor. Cogió las llaves a Calassanç y finalmente entraron en casa.

—Acompáñame, Calassanç, al baño. Te quitas la ropa mojada y te pones un albornoz. Luego la pondré a secar. Mientras, yo iré al de mi habitación también a cambiarme. Cuando terminemos prepararé algo de comida.

Calassanç se desvistió, se secó y eligió el albornoz que le haría sentar menos ridículo, uno de azul marino. Salió de allí y esperó observando aquella zona de la casa mientras esperaba a Elba. No sabía con certeza qué debía hacer ahora ni qué esperaba Elba que hiciera. Entendió perfectamente a qué se refería con los de los 19 minutos. Se dio cuenta de que una parte de su libro le hizo mucho daño a Elba, ahora lo reconocía, pero de ahí a que quedara saldado todo en un acto sexual... Lo que no haría ahora sería decirle que aquello no era la manera idónea, al menos así, de golpe. Pero bueno, si así liberaba su alma o lo que fuese...

—¿Te apetece algo en concreto para comer?

Elba estaba bajando por las escaleras. Llevaba tan solo un camisón beige corto y una bata sin abrochar del mismo color.

—Yo, la verdad, no tengo mucha hambre. Para mí me prepararé unos sándwiches de queso y atún, y un zumo de naranja natural, pero tú dime lo que te apetece, que te lo preparo.

—Pues me preparas lo mismo. Es suficiente, gracias.

A los veinte minutos, Elba salió con una bandeja,

—Ya te he puesto la ropa a secar. Anda, lleva tú la bandeja. Vamos arriba y así te voy enseñando la casa.

Elba le iba explicando que cuando fue a vivir allí la casa estaba amueblada y totalmente equipada, que prácticamente no había tocado nada, solo decorado un poco las partes de la casa donde pasaba más rato, que hubiese preferido algo más pequeño, pero que bueno, total, como no pagaba alquiler ni nada...

—Y ese es mi refugio, físico y espiritual: mi buhardilla. ¿Qué te parece?

—Acogedor, realmente acogedor,

Elba había puesto a arder unas barritas de incienso, lo que le daba al lugar un intenso enfoque místico. Tenía en la buhardilla dos pequeñas mesas separadas por la pequeña ventana: en una tenía su ordenador mientras que en la otra tenía diferentes objetos como libros o carpetas de trabajo. Lo puso todo en un rincón y le dijo a Calassanç que podía dejar la bandeja allí. Acercó un par de sillas y empezaron a comer los sándwiches.

En el exterior, la lluvia caía diagonalmente causada por el fuerte viento, a la vez que los resplandores de los relámpagos iluminaban la porción de ciudad que ofrecía aquella ventana. Tras comer el primero de los dos sándwiches en un sepulcral silencio, Elba optó por poner un poco de música para romper aquella monotonía. Eligió la tranquila música de Dido. Calassanç le dijo que era muy buena aquella chica, que se había bajado CD's suyos por Internet.

—Pues no está muy bien que un autor piratee a otro autor, aunque sean diferentes artes, escritura o música.

Calassanç le tuvo que dar toda la razón a Elba.

—¿Quieres que te suba un café o algo? —le preguntó Elba una vez terminaron de comer.

—No, gracias. Si has de bajar solo para hacer café para mí, no hace falta.

—A mí me apetece un relajante té. En cinco minutos vuelvo. Así, de paso, miraré si se ha secado tu ropa ya.

Sacó un cigarrillo. Era el último. Esperaba que Elba tuviera algún paquete de sobras. Llovía fuerte aún, pero había amainado un poco. Estaba fumando y en su mente planeaba como encarar la situación que presumiblemente se encontraría en pocos minutos, hacer el amor con Elba, por vez primera en el lugar adecuado. Parecía un adolescente, no sabía cómo empezarlo. Se pasó las manos por la cabeza y se maldijo a sí mismo en voz alta.

—¿Decías algo, Calassanç? —le preguntó Elba.

—Perdona. No, nada, no te había oído entrar. Hablaba yo solo, cosas de bohemios.

—Toma, tú café, y aquí te traigo tu ropa. Te la dejo en esta silla.

—Gracias. Oye, ¿no tendrás más tabaco? Me estoy fumando el último cigarrillo.

—Tranquilo, tengo de sobras... Por desgracia, tendríamos que dejar de fumar, pero ya.

Calassanç hizo un gesto con la cabeza dándole la razón a Elba.

No habían terminado el último sorbo de aquellas bebidas cuando Elba se acercó a Calassanç y le besó largamente.

—No voy a repetir errores que cometí en mi adolescencia. No voy a esperar que sean los demás los que me pidan cosas cuando yo también lo deseo, ni voy a esperar más, por ser mujer, que sea un hombre quien lleve la iniciativa. Si me gusta, lo cogeré, y si no me apetece, simplemente lo dejo —sentenció Elba unilateralmente,

Desabrochó el albornoz de Calassanç y lo hizo deslizar por sus espaldas, quedando este completamente desnudo. Ella lo contempló y, dándole la mano, lo llevó hasta la cama. Ahora fue Elba quien se quitó el camisón, quedando igualmente desnuda. Empujó a Calassanç para que quedara tumbado en la cama, colocándose Elba de rodillas encima de él, volviéndole a besar. Cuando Elba apartó los labios de él, Calassanç habló:

—Elba, lo siento, sé que no es nada romántico lo que voy a decir pero... Yo no llevo preservativos. Lo digo por si esperabas que fuese yo quien... Me entiendes, ¿verdad?

—Pues yo tampoco tengo —dijo simplemente, mientras con sus dedos toqueteaba los pequeños pezones de Calassanç.

—¿Qué hacemos, pues?

—¿Usabas condones con aquella nena del hotel?

—Sí, claro.

—Estás sano, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Yo también. Yo me fío de ti, y tú de mí. No hay ningún problema entonces.

—Espera, entiéndeme. No quiero romper este momento, pero te refieres a que puedo... ¿todo adentro?

—Calassanç, hijo, parece tonto a veces. Conozco y controlo mis días de ovulación y fertilidad. Tus espermatozoides pueden entrar y recorrer todo mi cuerpo, no van a encontrar ninguna chica óvulo para ligar, te lo garantizo.

Elba recorrió con su cálida lengua el cuello y torso de Calassanç mientras notaba que algo emergía en él. Este se irguió contraatacando y colocó a Elba en la cama. Le acarició la frente y bajó su boca hasta los pechos de aquella mujer. Saboreó su gusto percibiendo aquel aroma femenino, mordió con extrema suavidad sus pezones. Elba

cerraba sus ojos concediendo entera libertad para que hiciera con ella lo que deseara. Calassanç continuó con sus dedos pulgar e índice masajeándolos para convertirlos en duros y alargados, pero fue bajando su cabeza hasta llegar a la parte más sublime de toda mujer. Sus manos abandonaron aquella voluptuosidad de sus pechos para abrir ligeramente aquel sagrado lugar. Calassanç entró allí con su lengua y Elba sintió estremecerse y envolvió con sus manos la cabeza de aquel hombre mientras se removía en la cama. Estuvo el tiempo necesario allí hasta buscar nuevos horizontes de placer. Quedaron ambos de rodillas, uno enfrente a otro, en igualdad de condiciones. Uno de los dos debía elegir posición de batalla. Primero se encarnaron en una guerra de labios y lenguas, cruzándose y envolviéndose, abrazados,

Calassanç eligió posición, Elba aceptó sin condición alguna.

Hizo que se colocara de rodillas, le separó las piernas lo suficiente, alcanzó con sus manos los pechos de Elba y los rodeó con fuerza.

Finalmente entró en ella, con suavidad infinita, como si fuese aún virginal, con respeto. Elba entreabrió su boca y cerró sus ojos y movió su cuerpo hacia Calassanç para hacerlo suyo también. Aquellos movimientos leves, pausados, se volvieron más rítmicos causados por la búsqueda del placer mutuo. Sus bocas emitían sonidos que no podían contener. Se oían el uno al otro y eso les motivaba más aún. Elba dejó reposar, de lado, su cabeza en la almohada mientras que sus manos agarraban con fuerza las sábanas. Sus gemidos eran ahora pequeños gritos. Calassanç abandonó los pechos de Elba para agarrarse a su cintura. Dejó caer la cabeza hacia atrás. El empuje de sus embestidas iba en aumento hasta que...

...llegó el momento cumbre, el esperado y ansiado por ambos, y fue más de lo que hubiesen deseado porque fue milimétricamente cronometrado, ni una décima de desajuste. Los dos abrieron sus bocas soltando toda la pasión de sus almas y cuerpos mientras Calassanç notaba como su fluido vital se encaminaba hacia el cuerpo, el sexo de Elba. Ella, por su parte, lo notó a su manera de mujer. Sintió como una corriente líquida, caliente, la inundaba, se esparcía por sus entrañas.

Permanecieron en la misma posición durante medio minuto hasta que Calassanç se colocó a su lado, acariciándola, besándola, sentimiento compartido por Elba.

Estuvieron cinco minutos sin decir ni media palabra hasta que Elba se levantó y encendió un par de cigarrillos. Tal como mandan los cánones de hacer el amor, le pasó uno de ellos a Calassanç.

—¿Y si te he mentado? — le preguntó Elba.

—¿Cómo? ¿Si me has mentado dices? No te entiendo.

—Si te he mentido en lo de mi ovulación.

—Continúo sin entenderte. Explícate mejor, Elba —le preguntó, extrañado, Calassanç.

—Que hoy era mi día más fértil, por eso he insistido en que fuese hoy. Tus espermatozoides están ligando que no veas por aquí dentro —dijo Elba señalando la parte baja de su cuerpo.

—¿Y por qué lo has hecho? —le preguntó Calassanç, visiblemente preocupado.

Elba sonrió irónicamente expulsando el humo del tabaco hacia el techo.

—Por venganza, simplemente por venganza. Desearía con todas mis fuerzas el quedarme embarazada, y mejor si fuesen dos, incluso tres. De aquí a nueve meses presento al juzgado denuncia por paternidad no reconocida. Tenemos los mejores abogados de Escocia. ¿Pruebas de ADN? Las que quieran. Saldrán que tú eres el padre y, famoso como eres, tendrás que pagarme la manutención de tu hijo, la mía. Tu mansión y tu puto dinero me pertenecerán un día, a mí o mi hijo, tu ruina moral y material. ¿Pero tú crees que podía perdonarte lo que me hiciste? ¿De verdad lo creías? Ni olvido ni perdono, Calassanç. En cuanto a mi hijo, tranquilo: lo voy a amar cómo a nadie. Y la parte de afecto que un día te di a ti y no supiste ver, también se la daré. Eso es todo Calassanç, no tengo más que decirte. Gracias por el rato que me has hecho pasar y por lo que tú has puesto. Adiós.

Calassanç suspiró profundamente, no tuvo ganas ni de replicar a Elba. Era aquello una auténtica puñalada en la espalda, igual que aquel tatuaje que llevaba en el mismo sitio.

—Imagino que debo vestirme e irme.

—Lo de vestirme es elección tuya. Lo de irte, evidentemente que sí.

Calassanç hizo la intención de levantarse de la cama cuando Elba lo atrajo hacia sí. Rió con ganas y lo besó.

—Perdona Calassanç, era todo mentira, pero era el precio que tenías que pagar por lo que me hiciste. No quedaré embarazada, tonto, lo siento. ¿Me perdonas?

Calassanç abrió la boca y estuvo a punto de decirle mil cosas, pero el rostro entre pícaro e inocente de Elba hizo que desistiera de aquello.

—Pero qué... Pero qué... ¡Cómo eres, Elba!

—Gracias por los 19 minutos. Bueno, no los he contado. Me has hecho perder la noción del tiempo.

Calassanç sintió que aquella noche de tormenta podía derivar en muchos 19 minutos.

## 17.

Eran las seis y media de la mañana en Glasgow, frío moderado y llovizna persistente. Calassanç estaba profundamente dormido en aquella cama que compartieron durante la noche. Elba había bajado a la cocina a preparar una cafetera sabiendo perfectamente la predilección que sentía Calassanç por esa bebida. Pero no lo despertaría, a menos que fuesen las diez. Más tarde llamaría a Amy diciéndole que hoy iría hacia al mediodía. Ella lo entendería, claro.

Estuvo observando a Calassanç dormido durante los cinco minutos que duró aquel nuevo cigarrillo. En la posición en la que se encontraba podía ver el par de tatuajes, un corazón de espinas con una rosa y una llama eterna en el brazo izquierdo, un puñal clavado en la espalda, cerca del omóplato. Tatuajes de desamor y sufrimiento, perpetuados para no olvidar.

¿Qué harían ahora? Al menos, ¿qué haría ella? La concepción del futuro que tenía había sido modificada desde que Calassanç se presentó en su oficina pidiendo diálogo y ella aceptó. Desde que ella reclamó aquella pequeña fracción de tiempo y él se la concedió, había finalizado aquella diáspora en sus almas reencontrándose en unas coordenadas precisas, aquí, en Glasgow, en el norte de Europa.

Norte.

Es la palabra que buscan los que se han perdido. La brújula siempre lo señala, y cuando sabes dónde se encuentra es fácil determinar la dirección que buscas. Al menos ahora sabían dónde estaba el suyo, su Norte, el personal. Y, así pues, la elección de seguir el camino que creerían adecuado era solo suyo.

Calassanç abrió los ojos, se giró y vio a Elba que lo observaba.

—¿Qué hora es?— preguntó Calassanç

—En este país es la hora en que la gente de bien hace rato que se ha levantado, duchado y almorzado, que van al trabajo o a la escuela. Menos gente bohemia o perezosa, como tú, que están aún en la cama. Son las 7:00. Ahora te subo un café; luego te duchas y bajamos a almorzar. Es mi casa y las normas las pongo yo, ¿entendido? —dijo Elba, guiñándole el ojo y dándole una palmadita en su trasero.

Cuando Elba subió con el café, Calassanç se había puesto ya los boxers negros y miraba por la ventana. Al ver a Elba volvió a sentarse en la cama, junto a ella.

Abrió la boca para decir alguna cosa, pero desistió y tomó un sorbo de café.

—¿Cómo me encontraste aquí en Glasgow? Me refiero, mi dirección.

Calassanç se lo explicó, pero omitiendo algunos detalles como que aquel par de conocidos suyos también podían proporcionar alguna chica universitaria o algún tipo de droga.

—Conozco a un chico, familiar de quien me vendió la casa, que a su vez es amigo de un ex policía con un pasado algo turbio. Este tiene alguna placa del cuerpo, robada, creo. Se presentó en el hotel como auténtico policía, a las tres de la noche, y preguntó por la dirección de los que se alojaban en la 174, una tal Elba, buscada por la Interpol para un seguimiento. El conserje colaboró de inmediato, como buen ciudadano. Diste la de la oficina, no la de tu casa.

—Igual que una película de espionaje —se maravilló Elba.

—Pues sí, igual.

Elba se levantó y se dirigió hacia la ventana, y desde allí de espaldas a Calassanç, le habló:

—Calassanç, lo de anoche fue maravilloso, ¿no crees? Yo pensaba, estaba segura, que cumpliendo con el simbolismo que hemos bautizado como “19 minutos” todo quedaría saldado. Ahora estoy confusa, dudo. Por una parte he podido apagar el odio que sentía hacia ti, pero, por otra parte, me da la impresión de que he encendido una hoguera en un lugar donde tenía prohibido hacer fuego, y no lo deseo. Debes ayudarme a

controlarlo, que no se extienda, que quede en una simple brasa incandescente, que quede en amistad —Elba se giró—. No te quedes callado, por favor, dime algo...

Cuando Elba se dio la vuelta creyendo que Calassanç estaría en la cama sentado, se lo encontró a un palmo de su cuerpo.

—Que vengas este fin de semana a mi casa. Tendremos un par de días para charlar y reflexionar sobre nosotros, de qué nos pasó, qué nos sucede. Te prometo que no habrá sexo —dijo finalmente Calassanç para rebajar la seriedad de aquella conversación.

Elba también agradeció que se desviara aquella conversación, ya tendría tiempo para que regresara a su mente.

—Pues mejor si no lo hay porque este fin de semana regresan mis pequeños óvulos de vacaciones. Anda, vamos a almorzar.

Almorzaron en medio de una conversación trivial, tocaron diversos temas y variadas preguntas, pero ninguna de ellas trascendentes, del día a día de sus vidas, su trabajo... Eran ya pasadas las diez de la mañana cuando finalmente Elba le dijo que debía de ir al trabajo.

—Soy la directora comercial, o sea, si me da la gana puedo ausentarme sin dar explicaciones, pero me gusta mi trabajo. Es curioso. El tuyo y el mío son como líneas paralelas que convergen en un punto en concreto: tú escribes y yo publico. Pero lo mío son libros de ediciones limitadas, muy temáticos, como dice el nombre de la empresa, “Rare Books”, libros raros. Pero bueno, el negocio marcha bien, hay gente para todo. El otro día vino un señor desde Sri Lanka para que hiciera una edición de tan solo 50 ejemplares del ciclo de la vida de un escarabajo que vive en una zona en especial de aquella isla, 25 en inglés y otros 25 en cingalés, uno de los idiomas que hablan allí. Esto funciona así.

—¿Y debes viajar mucho?

—A menudo. Vamos a las ferias realmente importantes, Londres, París, Moscú, en Europa, pero también Nueva York, Tokyo, Sidney, por poner unos ejemplos tan solo, 10 o 12 al año. Y tú, ¿cómo te va lo de escribir?

—Fatal —nuevo suspiro—. Suerte que se van vendiendo para ir tirando. El otro día me llamó mi agente para decirme que alguien está interesado en comprar el guión para hacer una película, pero está muy verde aún. Me iría de maravilla. En principio rondaría el medio millón de euros.

—Qué bien, ¿no?

—Sí, para pagar mi paternidad no reconocida.

Elba rió con ganas.

—Perdóneme Calassanç, no pude evitarlo, lo siento de veras. Ahora me arrepiento de haber hecho aquella escena. Bueno, la verdad, no me arrepiento. Me lo pasé bien actuando. ¿Recuerdas nuestro viaje astral, o sueño, cuando actuaste diciendo que eras estudiante de medicina, aquello referente a mi memoria? Pues lo aprendí de ti. El actuar, me refiero.

Calassanç sonrió asintiendo con la cabeza.

—Bien, tú debes ir a trabajar. Yo iré hacia la estación, cogeré el primero que pase hasta Oban. La invitación sigue en pie. Te enseñaré la isla, haremos un poco de turismo y cultura, y verás qué casa tengo.

—Te diré algo. Te llamo y te lo digo en cuando lo tenga claro. Te llevo hasta la estación central, queda un poco lejos a pie. Cuando tú quieras.

Tardaron casi media hora en llegar, en mayor parte debido al intenso tráfico y al lento avance de los coches debido a ello.

—Aquí es, Calassanç, que tengas buen viaje.

—Gracias. Cuídate. Llámame cuando sepas algo.

Se despidieron con un sencillo beso en los labios.

## 18.

Casi tres días después de abandonar la isla, Calassanç volvía a poner sus pies en ella. Las cosas habían variado sustancialmente. Marchó por un motivo, por una chica, y regresó con una mujer en mente.

Y estuvo en la cama con las dos.

Por separado.

Pagando. En el primer caso una tarifa estipulada, en libras esterlinas; en el segundo caso, una deuda moral o como quiera llamarse, pero deuda al fin y al cabo. Quedó saldada.

Fue a The Mortimer's, el supermercado local de aquel pequeño pueblo de pescadores y turístico. Allí compraría lo esencial hasta el viernes. Ese día volvería a comprar, ya que era el día habitual en que lo hacía; de paso le diría al hijo del señor Mortimer, Scott, si lo podría llevar hasta su casa junto con el reparto.

—Faltaría más señor “Cala” —este era el mote con que Mortimer había bautizado a Calassanç, más corto y fácil de pronunciar por aquellas latitudes—. Pase por la tienda de aquí a media hora y Scott lo llevará.

Para aliviar aquella media hora de espera se dirigió justo al pub que tenía al lado, el Flora Mc Donald. El nombre del local derivaba de una heroína de la guerra de la independencia de Escocia. Cuando el pretendiente católico a la corona de aquel país, Charles, fue derrotado en la batalla de Culloden, este escapó cómo y por donde pudo, vagando por aquellas tierras, y fue precisamente la mencionada Flora, de religión protestante, la que le ayudó a escapar a la isla de Skye, cerca de Portree, y por estos lugares está enterrada y, ciertamente, respetada.

Le sirvió una Caledonian la simpática Deirdre. Este nombre en el idioma gaélico escocés significa “Corazón roto”.

—Me encanta tu nombre, Deirdre. Si un día tengo una niña se lo voy a poner, aunque creo que lo descubrí demasiado tarde.

Ella sonrió, como siempre que se lo decía, y le contestaba también lo de siempre:

—Eres aún joven Calassanç, tienes tiempo. Y en esta isla andamos escasos de niños, verás como sí.

Él sonreía, melancólicamente, le pagaba la cerveza y le daba siempre una propina repitiendo su nombre: “Deirdre, bonito nombre”,

Scott conducía su camioneta por un camino de tierra de dirección única. Si venía un vehículo de cara para esquivarlo era tan simple como salirse de la carretera y conducir por el campo, así de sencillo.

—Has estado en Edimburgo unos días, ¿no? —le preguntó el joven.

—Exacto, Scott. Debía atender asuntos del cuerpo y terminé también atendiendo asuntos del alma, por decirlo de algún modo.

—¿Eres religioso? Si es que te puedo hacer esa pregunta. En los pueblos pequeños, como Portree, la gente acostumbra a serlo. Me cuento entre ellos.

—No me refería a ese tipo de asunto, el del alma. ¿Si lo soy? Fui educado en ello, por lo tanto mantengo las raíces de mi cultura, pero como casi todo el mundo. Hay

demasiadas cosas que no entiendo. A eso hay una solución, se llama fe. Por otra parte, la teoría de que de la absoluta nada haya en el universo tantos miles de millones de galaxias, y en ellas otros tantos de soles, planetas y satélites, todo ello surgiendo del vacío absoluto, ¿qué quieres que te diga? Por mucho que digan los físicos teóricos también tengo mis dudas, así que prefiero no pensar demasiado en ello.

Scott se quedó pensativo un rato.

—Sí, es cierto, es todo muy complicado —dijo el chico al fin.

—Bueno, ya hemos llegado. Gracias Scott. Lo dejamos aquí en la puerta, yo lo entraré. Toma, 5 libras para ti. Hemos hecho una buena tertulia, muy culta, pero otro día hablamos de fútbol o de rugby.

—O de chicas.

—O de chicas —aceptó Calassanç sonriendo.

## 19.

Elba entró feliz y sonriente, dando los buenos días a Indira. Esta se los devolvió con su particular manera hindú, poniendo las manos plegadas en su frente.

—Viene muy guapa hoy la señorita Elba —le dijo Indira.

—Gracias, pero no te voy a subir el sueldo... Aún —le contestó Elba guiñándole un ojo.

Elba se dirigió al gran despacho que compartía con Amy. Entró sin llamar, como era costumbre por ambas mujeres. Saludó.

—Buenos días, Amy. ¿Cómo va todo hoy?

—Hola —se limitó a decir aquella mujer.

—Hola. Caramba Amy, qué fría y distante estás hoy. ¿Te ocurre algo?

—Fría, tienes razón. Tuve que ser más caliente, ¿verdad?

—¿Qué te ocurre Amy? ¿De qué me estás hablando?

—Faltó poco para que el sábado nos enrolláramos tú y yo, ¿verdad? Noté tu cuerpo, tu sexo clavado en mi piel; estaba convencida que empezarías a tocarme pero esperé en vano.

Elba se sentó a su lado, suspiró, y le habló con voz tierna.

—Amy, lo siento. Porque yo esperaba lo mismo, que empezaras tú —la miró con tristeza y suspiró de nuevo—. Sí, creo que faltó poco, que era el día adecuado, porque...

—...Porque ya no se podrá tener otra ocasión como aquella, porque ha aparecido de la nada el hombre que tanto odiabas. Te lo follaste anoche, ¿verdad?

Elba se levantó y se dirigió hacia la ventana. Mirando a través de ella, encendió un cigarrillo.

—Tu silencio ya lo dice todo. Cruzas el umbral del lesbianismo a ser heterosexual en un día, pasas del odio extremo durante año y medio a follártelo en un par de horas. Creo que no tienes las ideas muy claras, Elba.

Elba se dio la vuelta y se acercó a Amy.

—No follé con él, hicimos el amor. Es muy diferente, Amy, muy diferente. Y creo que tú también tienes que saber la diferencia que hay entre una y la otra.

Amy no contestó. Simplemente abrió un cajón de su mesa y sacó un fax.

—Esta mañana me ha llegado, desde Boston. Me ofrecen el puesto de directora, la que había se ha jubilado. El sueldo sería similar, pero voy a aceptar.

—Amy, siento si estás disgustada por unas expectativas que tenías hacia mi persona. Las cosas son como son. Reconozco que la vida no es justa a veces con personas que son buenas, como tú. La decisión de ir debe ser solo tuya, Amy, pero esta es tu tierra, allí no conoces a nadie...

—¿Y tú? ¿Conocías a alguien en Escocia?

—No, a nadie. Pero conocí a una gran persona. A ti.

Amy se levantó y salió del despacho.

Sin decir nada.

Elba se sentó en su sillón, negando con la cabeza.

Cogió el teléfono y marcó un número.

## 20.

Tenía las manos ocupadas entrando las bolsas de la compra cuando sonó su móvil. Tardó lo suyo en poder contestar.

—Sí, dime —por el número vio que era Elba.

—Hola. Creí que no lo cogías, estaba ya a punto de colgar.

—No, estaba entrando unas cosas en casa y... Da igual. ¿Ocurre algo?

—No, no. Te llamo para decirte que este fin de semana vendré a tu casa. Si es que la invitación sigue en pie, claro.

—Evidentemente. Lo has decidido muy rápido, ¿no?

Elba estuvo unos segundos sin hablar.

—¿Elba?

—Perdona, es que, bueno, Amy y yo hemos tenido una... unas discrepancias... laborales... y... algo personales... que bueno, necesito distraerme, no quiero estar en Glasgow este fin de semana.

—Claro, claro, ven cuando tú desees, no tienes ni que decírmelo. Es tu casa también.

—Gracias Calassanç, era por eso que te he llamado. Bien, te dejo que tengo cosas que hacer. Hasta luego.

Terminó Calassanç de entrar y colocó todo lo comprado en el lugar pertinente. Se dio una rápida ducha reconfortante, preparó una buena cafetera y fue a su lugar habitual de escritura, una mesa grande con ordenador, colocada frente a un gran ventanal enfocado hacia el acantilado. Encendió el primer cigarrillo del que sería una larga serie de ellos, aspiró el humo, lo mantuvo el tiempo suficiente en sus pulmones, y lo expulsó.

Empezó a teclear.

“Esta vez sí lo tengo”, pensó convencido de ello.

Las nueve de la noche, tiempo en calma y noche estrellada. De vez en cuando paraba y se daba un respiro, se levantaba, andaba unos pasos y se plantaba enfrente del inmenso ventanal. Miraba el horizonte y el firmamento, y pensaba, y al pensar aparecían nombres, nombres de persona con rostro definido, con historia, unos alejados para siempre, otros, con afecto, pero en la distancia, y otros que estuvieron desaparecidos y ahora... ¿Ahora qué?

Una llamada a su teléfono móvil hizo que se difuminara la imagen que dibujaba su mente.

—Mary, menos mal que das señales de vida. ¿Cómo estás?

—Perdona por haber desaparecido, sé que me llamaste un montón de veces. Lo siento de veras, pero tenía que pensar, reflexionar, y desconecté el móvil todo el fin de semana. Hoy sí he ido a la universidad, vida normal de nuevo. Y estoy bien, gracias por preguntar.

—Me alegro mucho. Siento lo que ocurrió el sábado, no sé cómo disculparme.

—¿Disculparte tú? Tú no tienes nada de qué disculparte, Calassanç. Además, aquellas mujeres tenían simplemente la razón, dijeron la verdad. ¿Acaso no soy una puta?

—Mary, no vuelvas a decir eso —le recriminó Calassanç.

—Calassanç —hablaba Mary con voz muy afectuosa—, seamos realistas. Yo me acuesto contigo y con un par más de hombres y, tú lo sabes, lo hago por dinero, para tener con qué pagar mis necesidades básicas. Pero el dinero lo podría conseguir trabajando, como la mayoría de las chicas, es así. Cierto que lo que gano en una sesión necesitaría una semana de trabajo convencional, cierto que haciendo lo que hago puedo dedicarme plenamente a mis estudios, que del otro modo me sería más difícil, sí, es verdad, pero lo

envuelvas cómo lo envuelvas, lo que hago con mi cuerpo solo tiene un nombre, y ese nombre es prostitución.

Calassanç solo respiró hondo, esperando por si Mary tenía algo más que decir como, efectivamente, así fue.

—Pero he tomado una determinación, quedan dos meses para que termine el curso. Después de esos dos meses dejaré de... alquilar mi cuerpo. Ya buscaré algún pequeño trabajo, algo saldrá.

—Me alegra mucho que tomes esa decisión. Estar contigo era un placer, y nunca mejor dicho, pero aplaudo lo que vas a hacer.

—Gracias Calassanç, sé que lo dices de verdad, con el corazón. Eres muy diferente a la mayoría de hombres y de chicos que conozco. Me gustaría que antes de que pasen estos dos meses, antes de cumplir mi promesa conmigo misma, no sé, que nos encontráramos un día... sería en plan amigos, ¿entiendes? Sin dinero de por medio.

—Agradecido, pero lo que debes hacer es buscar gente de tu edad, buenos chicos, que te quieran por lo que eres, no por lo que puedas darles. En cuanto a vernos, claro, algún día tomaremos una cerveza, faltaría más.

—De acuerdo. Llámame de vez en cuando, o todas las veces que desees, adiós, Calassanç.

—Cuídate mucho, Mary.

Mary se cruzó de brazos y se mordió los labios. Tenía una premonición y era que aquella pérfida mujer había entrado dentro de Calassanç. Ignoraba cómo, pero se lo había usurpado.

Las horas de aquella semana transcurrían lentas y pesadas. Solo era miércoles por la mañana. El día anterior Amy y Elba no se habían dirigido la palabra. La primera de ellas intentó pasar solo lo preciso en el despacho conjunto de ambas, una hora apenas. Elba, sintiéndose inocente de culpa alguna, no quiso ceder tampoco y el mutismo empezó a hacerse rutina simple.

—Te he dejado al lado de mi ordenador el escrito solicitando currículos para plaza de director ejecutivo. Te lo lees. Si te parece correcto lo envías, o lo vuelves a dejar y lo envío yo —dijo escuetamente Amy, saliendo seguidamente del despacho.

Elba dejó lo que estaba haciendo y se acercó hasta la mesa de la que había sido su amiga hasta hacía un par de días. Cogió y leyó el papel.

Cuando terminó de leerlo, negaba con la cabeza al tiempo que Amy regresaba.

—Amy, te has saltado a propósito uno de los principios de la empresa. Has puesto se busca director ejecutivo, y no has puntualizado que debe ser del sexo femenino.

—¿Qué más da? Si lo hace bien...

—No es que lo haga bien o mal. Sabes perfectamente que la dirección técnica ha de ser femenina para equilibrar la discriminación laboral de la mujer. Y para el personal subalterno, en igualdad de condiciones, tiene preferencia la mujer también. Esta hoja se debe rectificar toda.

—Yo no me refería a si lo hace bien lo de director, era a otra cosa.

—Amy por favor. ¿Vas a dejarlo ya?

—Hasta el lunes no voy a venir a trabajar. Si quieres llamar a los de arriba y chivarte, puedes hacerlo.

Dicho esto, Amy se dirigió a su ordenador y lo apagó. Cerró sus cajones y su taquilla con llave y se marchó sin decir adiós.

“¿Qué es lo te pasa por la cabeza, Amy?”, pensó tristemente Elba.

Evidentemente que no pasaría informe a los de arriba como dijo Amy. Es más, si llamaban por cualquier motivo preguntando por ella, ya buscaría alguna excusa para cubrirla. Suerte que ella empezaría las vacaciones al cabo de dos semanas y posiblemente no se verían más, pues en junio le tocaban a Amy. Y al mes siguiente, teóricamente, Amy marcharía a Boston, al menos eso dijo. Una lástima terminar una amistad de año y medio de ese modo tan estúpido e injusto.

## 21.

Le dolía la cabeza de tanto escribir. En un día y medio apenas había dormido 6 horas. Estaba inspirado y debía aprovechar mientras su musa le estaba visitando en su mente. Salió a campo abierto, no tardaría en empezar a anochecer. Caminó hasta lo que había sido el faro, el original: ahora no quedaba nada de él. Un rayo lo abatió una noche de tormenta en el año 1899, no pudo llegar al cambio de siglo. Tres cuartas partes del faro cayeron al mar, el resto fue aprovechado para realizar tareas de reforma en la casa. Los terrenos que ocupaban el faro pertenecían al fundador Alistair, pero no el faro, que era propiedad de la corona británica, y ahora, los restos de aquella luz para navegantes pertenecían a Calassanç. Los restos eran simplemente una circunferencia de piedra, nada más. El nuevo faro se construyó a principios del siglo XX, y actualmente era el mismo pero totalmente modernizado y automatizado, sin personal a su cargo, y estaba situado a medio kilómetro del emplazamiento original, fuera de la propiedad de Calassanç.

Una valla de madera rodeaba todo el acantilado por toda la isla unos 30 metros antes de su caída al mar, de más de cien metros en algunas partes. Calassanç saltó la valla y se encaminó hacia los restos del que fue el origen del nombre de su casa, Lighthouse Neighboring, simplemente “el Vecino del Faro”. Llegó hasta él, mejor dicho hasta su base, y se sentó. No quedaba ni un solo ladrillo o lo que fuese de lo que estuviese construido, solo piedra con un curioso agujero en una parte lateral de forma rectangular, de apenas un centímetro de grosor por tres o cuatro de largo. Estaba incómodo allí. Miró a su alrededor para encontrar algo más cómodo con que sentarse, una piedra con cierta forma redonda le iría bien. La cogió y se sentó. Mucho mejor. Lo hizo de cara al mar. En aquella zona siempre hacía viento, del oeste. Estaba enfocado al Océano Atlántico: millones de hombres, mujeres y niños miraron en aquella dirección soñando con un futuro mejor. Muchos lo lograron. Alistair fue uno de ellos, pero la mayor parte fracasaron, muriendo o regresando al hogar, o simplemente sobreviviendo en un lugar lejano. En aquella dirección estaba América.

Y aquí estaba Calassanç, solo. Él había conseguido su sueño pero, ¿ahora qué?

¿Vivir cuánto tiempo lejos de la ciudad que lo vio nacer? Allí tenía familia y amigos, y los restos de todos sus difuntos, que eso también se lleva dentro. Aquí, el sueño en soledad. ¿Cuánto tardaría la balanza en desequilibrarse hacia un lado o hacia el otro?

¿Surgiría un nuevo factor que no estaba contemplado cuando el vino a este país?

¿Un nuevo éxito literario que lo encumbrara a la fama definitivamente, tal vez?

¿Se haría realidad lo de la compra de su guion para hacer una película y tendría esta un éxito arrollador, con grandes actores de Hollywood, quizás?

Pero en su mente no había nada de eso ahora. Sus pensamientos derivaban hacia algo con nombre propio.

—Señor Calassanç, ¿meditando?

Se dio la vuelta para ver quién era el que lo llamaba.

—Hola padre Campbell. ¿Cómo usted por aquí?

El padre Campbell era el párroco de la pequeña iglesia de Bracadale, de la Iglesia de Escocia, pero oficiaba allá donde se le solicitara, siempre dentro de la isla. Tenía ya 86 años, estaba jubilado por la diócesis, pero ante la falta de párrocos se le aceptó que oficiara misas mientras su salud lo permitiera.

—He ido a hacer una visita espiritual a la señora Mc Donald. Está muy mal de salud. El doctor me ha dicho que no llegará al verano, pobre mujer. Es de mi edad, un año menos para ser exactos. Lleva con Angus, su marido, 66 años de matrimonio. Jamás los he visto discutir ni levantarse la voz. Cuando ella falte, Angus se morirá de pena. Eso ya no se lleva hoy en día, ¿verdad Calassanç?

—No, padre Campbell, me temo que no. Ni aquí ni en ningún lado.

El padre Campbell dejó en el suelo la bicicleta y buscó una piedra similar para sentarse junto a Calassanç.

—¿Necesitas hablar, hijo?

Calassanç le sonrió.

—No, gracias, padre, al menos no del tema al que usted debe de hacer referencia.

—Yo toco muchos temas, hijo, no solo de Dios y del alma humana, pero entiendo que no te apetezca hablar.

—No, padre, sí que me apetece hablar con usted, no me he explicado bien, es a temas de...

—¿Ya has buscado el tesoro de Alistair alguna vez?

—No padre, no creo en ello. Imagino que en más de 200 años alguien ya lo habría encontrado si existiera. No, ni me he molestado,

—El dinero existió, Calassanç. Solo en monedas de oro y plata se calculaba que Alistair tenía unas treinta mil, aparte de otras riquezas. Una fortuna enorme, todo ello documentado por su abogado de Edimburgo en su testamento. Ese testamento existe, hijo, con un permiso especial lo puedes ver. Cuando Alistair murió abrieron su caja de caudales. Solo había dos mil. ¿Qué ocurrió con el resto? Nadie lo sabe. Alistair pasó los últimos 5 años de su vida sin salir de esta mansión, ni una sola vez. Pasaba las mañanas cerca del acantilado, mirando el mar y leyendo la Biblia, y su única distracción era por la noche ir al faro a tomar un té con Jack, el farero de aquellos años. Eso que te he contado se ha transmitido de generación en generación. Aquí en la isla todo el mundo lo sabe. La historia del dinero es cierta. ¿Qué ocurrió con él? Un misterio. Bueno, muchacho, me iré que yo voy muy despacio y está a punto de anochecer. Nos vemos, cuídate, hijo.

—Igualmente, gracias por el rato y la charla. Muy amena, padre.

Bonita historia, pensó Calassanç. Leyendas como esta se cuentan en todas partes.

Se levantó de allí. Se estaba bien y aquel fresco le despejaba la mente, pero estaba demasiado oscuro ya. No había allí nada que lo alumbrara, las luces más próximas eran las de su propia vivienda y estaba demasiado cerca del acantilado. Con paso firme prefirió alejarse de allí.

Aquella noche escribió mucho más relajado, sin aquella prisa del primer día. Había variado su rutina y en vez de café se estaba tomando un té con limón. Al segundo sorbo sonó su móvil.

—Calassanç, ¿qué haces?

—Hola Elba, no esperaba que llamas. Escribiendo. ¿Y tú?

—Pensarás que soy una pesada pero Calassanç, esto es inaguantable. La faena, me refiero. Amy esta de un borde conmigo... Hace las cosas mal adrede, dice tonterías, pasa de todo. Yo no sé qué hacer ya. Estoy muy nerviosa, créeme, por eso te llamo. Necesitaba hablar con alguien.

—Tranquila mujer, mañana ya estamos a jueves. Vindrás el viernes, ¿no? Entonces hablaremos de ese tema. El aire de la isla te sentará bien, te vas a relajar y tal vez veas que los problemas tienen soluciones, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Ya ves lo fácil que soy, de tranquilizarme me refiero. Unas palabras y ya me siento mucho mejor. Sí, vendré el viernes, en mi coche, desde Glasgow hasta la isla de Skye. Cruzaré por el puente. No he estado jamás allí, pero bueno, ya lo encontraré, seguro.

—Claro. Yo te esperaré en Portree. Ya quedaremos en un lugar en concreto, ¿correcto?

—Correcto. Hasta el viernes pues. Un beso.

—Otro para ti. Adiós Elba.

Volvió a su tarea, pero en su mente se le cruzaron las palabras del padre Campbell. Treinta mil monedas de oro y plata, de la que sus herederos solo encontraron dos mil. Unas veintiocho mil desaparecidas sin salir Alistair de aquella casa. Eso no se lo puede creer nadie. Que en el mundo existen tesoros escondidos, de eso no hay la menor duda.

Hacía pocos años se encontró en Staffordshire el mayor tesoro encontrado jamás en este país, 1500 piezas de oro de la época de los anglosajones, del siglo VI o VII. ¿Su valor? Incalculable. Solo decir que los aficionados que lo encontraron recibieron de recompensa más de 3 millones de libras esterlinas.

Y con total seguridad que en el mundo quedan como estos, perdidos en cualquier sitio inimaginable, tal vez bajo nuestros pies mismos, pero hallazgos como este suceden uno cada 50 años.

Se levantó y se dirigió hacia la biblioteca de la casa. Fue el despacho de Alistair y su refugio personal cuando deseaba estar solo, y también donde guardaba su caja de caudales. Si algo debía reconocer Calassanç en aquella gente del país era una honradez inimaginable, fuera de aquellas fronteras en ciertos aspectos. Por ejemplo, en aquella casa, aparte de las tres generaciones de la familia que allí vivió, pasaron varias familias más, pero ninguna, absolutamente ninguna, tocó ni se llevó a su marcha ningún objeto ni mueble de allí. Todo lo que Calassanç estaba observando era original de la casa, y eso ciertamente debía reconocer y agradecer, lo que también le obligaba, en el supuesto de que algún día marchara de allí, a hacer lo mismo.

La biblioteca-despacho no era de grandes dimensiones, pero sí amplia y acogedora, con una única ventana con rejas gruesas que daba al hoy inexistente faro. En una de las cuatro paredes estaban las estanterías repletas de libros, todos ellos de aquella época, así como también dietarios personales de la familia, que por ignorados motivos no quisieron llevarse de allí. En frente de aquella librería estaba la mesa del despacho de Alistair, de madera de caoba, recia como su carácter, y en la última de las cuatro paredes había un fuego con su chimenea. Al lado izquierdo de esta, un gran cuadro de Alistair, ya de mayor, vestido tradicionalmente de escocés. El cuadro disponía de un resorte que, accionándolo, se podía separar unos grados de la pared, los suficientes para poder ver la caja de caudales de un metro y medio de altura. Disponía de tres cerraduras, hoy no operativas. Calassanç la abrió. Dentro de la caja había todo tipo de departamentos para guardar las cosas de valor, pero el secreto no estaba allí a la vista. A ras de suelo, a la izquierda, había otro resorte, y accionando este, el suelo del interior de la caja de caudales quedaba desbloqueado y se podía levantar. Así lo hizo Calassanç, y tras bajar unos escalones accedió al lugar más escondido de aquella mansión, la cámara del tesoro. Encendió la luz. En ese momento, por supuesto, estaba completamente vacía, pero allí era donde Alistair guardaba las más de treinta mil monedas de oro y plata, en su mayoría del primero de los metales. Eran Guineas de la época. Si en aquel tiempo ya era una fortuna hoy, más de 200 años después, aquellas monedas aumentaría de valor considerablemente. Los hijos de Alistair apenas encontraron un puñado. ¿Qué hizo su padre con ellas?

De lo que estaba convencido Calassanç era de que allí, en aquella casa, no estaban. En dos siglos de búsqueda alguien ya las habría encontrado, e incluso así pudo suceder y guardar silencio quien las encontrara.

Volvió a subir y regresó a su ordenador para continuar escribiendo.